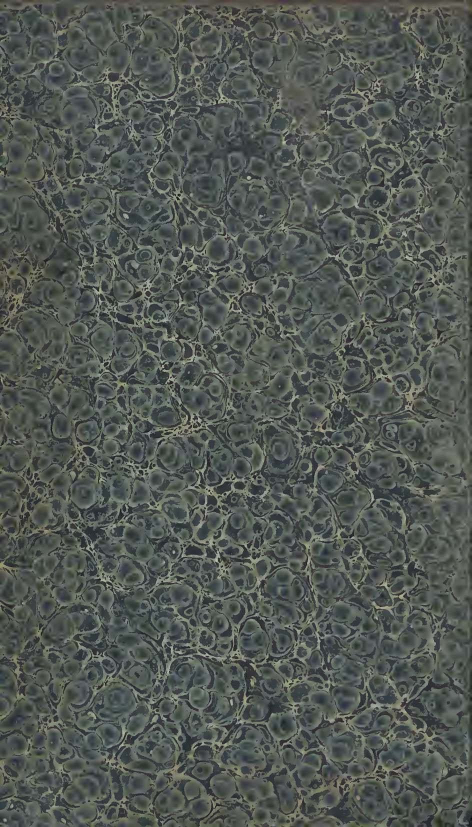
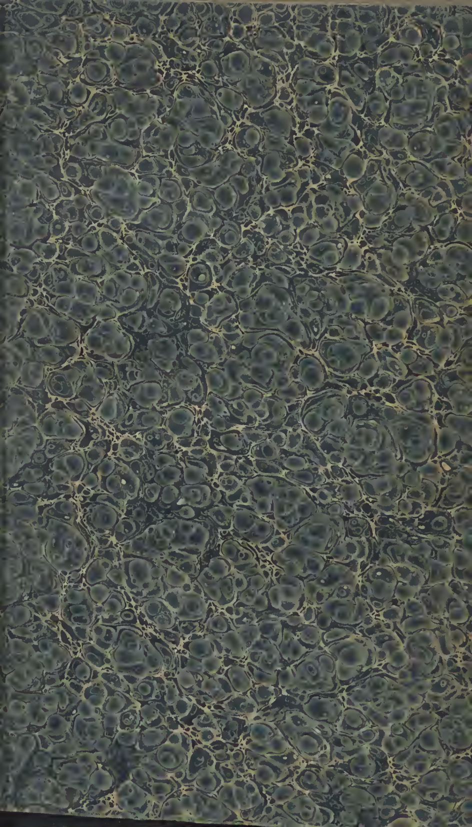






POESIAS.



JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ.

MEDITACIONES

Y

RECUERDOS.

POESIAS.



SEVILLA.
IMPRENTA DE R. BALDARAQUE
CALLE GALLEGOS NÚM. 5 Y 7.
1875

ridad de la noche se siente el formidable aliento de la tempestad, sólo ilumina las tinieblas la luz del relámpago, en un punto enjendrada y extinguida.—¡Dichoso el que vive fuera de la atmósfera de las tempestades, y puede ver el Sol en todo su brillo!

Las *Meditaciones* son la forma poética del pensamiento: los *Recuerdos*, melancólicos resplandores de lo pasado.—Los dioses de Homero y de Virgilio yacen olvidados en su Olimpo: la ciencia, la moral, el dolor, el trabajo, la lucha social, la filosofía y las aspiraciones hácia Dios, Esencia infinita, son los asuntos dignos de la Poesía moderna. ¡La lira que hoy debe pulsar el poeta es el corazon humano!

El Autor.

Sevilla, 15 de Mayo de 1875.

LIBRO PRIMERO.

DEDÍCALO EL AUTOR

Á SUS LEALES Y QUERIDOS AMIGOS

LUIS MONTOTO,

RODRIGO AMADOR DE LOS RIOS

Y

LUIS ESCUDERO.

MEDITACIONES.

Toda poesía que no se resume
en filosofía es cosa de poco valer.

Lamartine.

I.

Cual tiene el mar abismos insondables,
Espanto del marino,
Para el hombre que piensa, tambien tiene
El corazon humano sus abismos;
Tambien tiene los suyos
La triste sociedad en que vivimos.

De los que encierra el mar, de las borrascas
Brota el génio fatídico:
Le alienta el huracan, le alumbra el rayo,
Y le dan, como voz, sus roncos gritos
Las encrespadas olas
Que amenazan un cielo ennegrecido.

De los que guarda el corazon del hombre,
Apenas conocidos,
Brota una lluvia de copiosas lágrimas,
Nacen fieros tormentos y martirios
Y surgen tempestades
De penas, de dolores y gemidos.

La humana sociedad tiene en los suyos
El torpe error, el vicio:
Cubren la superficie agudas rocas
Que de la vida cierran el camino,
Y en su obra las auxília
El cieno que en el fondo está escondido.

Rabiosa furia, interminable encono,
Clamores de exterminio
Estremecen al mundo sin ventura;
Y en la cumbre del Gólgotha sombrío,
Áun de su Cruz pendiente,
Llora, en silencio, abandonado el Cristo.

¡Llora el Hijo de Dios porque ve puesta
Su doctrina en olvido;
Porque ve á los pequeños y á los grandes
Alejándose de él; y porque dijo,
«Amaos unos á otros,»
Desde la Cruz, y el mundo no le ha oido!

II.

Cayó en el mar una gota,
Desprendida de una nube,
Y aunque el nivel, luego, sube,
Ni el mar dormido lo nota.

Lanza el hombre una verdad,
Hija de estudio profundo,
Y aunque se estremece el mundo
No lo ve la humanidad.

La gota, en el mar caida,
Círculos sin fin describe,
Y con la verdad recibe
La humanidad nueva vida.

No te canses de brotar,
Brota, pensamiento, brota,
Pues sé que una sola gota
Levanta el nivel del mar.

III.

Yo adoro tu hermosura,
Tu desdicha amo yo:

Tal vez, siendo feliz, nunca, en mi pecho,
Se encendiera la llama de tu amor.

No temas, vida mía,
No olvido tu pasion:
Lo juro por las lágrimas que empañan
De tus divinos ojos el fulgor.

No adoro el tallo erguido
En que la flor nació;
Adoro la hermosura, la inocencia
Y el perfume süave de la flor.

La más bella, entre abrojos
Sus pétalos abrió;
Con pajas, entre el polvo recogidas,
Labra su dulce nido el ruiseñor.

IV.

PENSAMIENTO DE LAMARTINE.

¿Su nombre preguntais..? ¿Qué importa un nombre?
Ella es, sólo, un recuerdo que se aleja,
Una imágen sagrada, siempre oculta
Dentro del corazon que la venera;
Una lágrima triste y silenciosa,
Que en mis áridos ojos quedó seca...

V.

Halla el pájaro atrevido,
Si llega el tiempo en que ama,
Segura y florida rama
Donde fabricar su nido.

En las ondas deslëales
Halla el pez, al recorrerlas,
Palacios de ricas perlas
Y arboledas de corales.

Para que el amor afronte
Las selvas tiene el leon,
Y el águila habitacion
Entre las rocas del monte.

Tan sólo del hombre ha sido
La desventura mayor,
Que en el tiempo del amor
No tiene donde hacer nido.

VI.

SOLEDAD.

Como blanca paloma, que en la mano
Queda posada al fin, y no se agita,

En la cumbre del monte hay una ermita:
Un venerable sacerdote anciano
Feliz en ella habita:
Compadece del mundo la inconstancia
Y piensa, en su desvelo,
Que, desde el monte, acorta la distancia
Que hay de la tierra al cielo.

En laderas floridas,
Por los frondosos árboles cubiertas,
Del pueblo están las casas esparcidas,
Como aves con las alas extendidas,
Gozando la frescura de las huertas.

Perturbando el pacífico reposo
De aquellas soledades,
Suena, á lo léjos, el rumor grandioso
Que lanzan de su seno las ciudades.
Bajo la quilla del bagel ligero
El ancho río, sin cesar, palpita,
Y, á veces, lleva el viento hasta la ermita
El canto del alegre marinero.
Cuando la luz escasa
Principia de la aurora,
Por la llanura extremecida, pasa
Silbando la velóz locomotora,

Mónstruo, de dia ciego,
Que tiene, por la noche, ojos de fuego.

Y el sacerdote anciano,
Aunque el mundo le ciñe y le provoca,
Vive allí, sólo, como erguida roca
Alzada en la mitad del Oceáno.
Mas... ¡ay!..¿qué mucho?—En mi dolor profundo
Ya no encuentro soláz ni compañía,
Y viviendo entre el mundo
Vive en la soledad el alma mía.

VII.

—¡La bolsa, ó la vida!—dijo
Al caminante confuso
El ladron, que le esperaba
Entre la maleza oculto.
La muerte halló el caminante
Del plomo ráudo al impulso:
El salteador, en la tierra
Abrió un hoyo muy profundo,
Último lecho de muerte
Que el pobre viajero tuvo.
Una Cruz, de toscas ramas,
Encima de aquel sepulcro

Fijó luego el asesino,
Que de rodillas se puso
Y rezó unas oraciones
Por el alma del difunto.
—¡Cuántos, así, Cruz divina,
Te ofenden en este mundo!

VIII.

SUEÑOS.

Cuando la muerte compasiva rompa
Mis lazos terrenales, tal vez logre
Mi espíritu anhelante ir habitando
Otros mundos de estrellas y de soles.

En el aire que siempre me rodea
Percibo misteriosas vibraciones,
Mil sonidos confusos, que no entiendo,
Notas perdidas y rumor de voces.

En el postrer momento de la tarde,
Cuando ni sombras hay ni resplandores,
Esos sonidos, que repite el viento,
Me llaman, sin cesar, á otras regiones.

Tal vez, séres queridos, no olvidados,
Desde otros mundos bajarán, entónces,

Revestidos de formas impalpables
Que mi espíritu ciego no conoce.

Vagando junto á mí, con voz süave,
Quizá, al oido, me dirán mi nombre,
Avivando memorias y recuerdos
Y el fuego de dormidas ilusiones.

¡Ay, siempre fueron las del alma mía
Romper de la materia el lazo torpe
Y vagar por los astros, que contemplo,
En espacios sin límites ni nombres!

Sí: mi alma sueña en recorrer ufana
Mundos de luz, de estrellas y de soles;
Que, si parece grande para un cuerpo,
Pequeño es para un alma todo el Orbe.

IX.

Mil veces, á mi pesar,
Cuando me asalta la duda,
Se empeña batalla ruda
Entre el sentir y el pensar.
¡Quién pudiera adivinar
Cuál de ellos tiene razon!

No sé quién me hace traicion
En cuanto imagino y siento...
¿Si será mi pensamiento...?
¿Si será mi corazon...?

Ninguno logra la palma
Á que aspira con afan:
Olas vienen y olas van
Trayendo y llevando el alma:
Jamás de plácida calma
Me permiten un momento,
Pues cuando del sentimiento
Oigo la voz lisonjera,
La apaga la voz severa
Del oculto pensamiento.

Mirándolos, sin cesar,
Animosos combatir,
Ya no sé cómo sentir,
Ya no sé cómo pensar:
En vano, quiero alcanzar
De esta lucha la razon:
No sé quién me hace traicion
En cuanto imagino y siento...
¿Si será mi pensamiento...?
¿Si será mi corazon...?

X.

Las páginas de libro de la vida
Con afan escribimos,
Hasta que en blanco ya ni una hoja queda
Del misterioso libro.

Y si, después, con mano temblorosa,
Alguna vez lo abrimos,
Encontramos sus páginas en blanco
Cual si en ellas jamás se hubiera escrito.

XI.

Como concha, que las olas
Arrojan sobre la orilla,
Así me arrojó á la tierra
El impulso de la vida.
Pero así como á la concha,
Que ya en la arena está fija,
Una ola, de cuando en cuando,
Cubriéndola, la acaricia,
Trayéndole los recuerdos
De las regiones marinas;
Así, tambien, de mi alma

La oscuridad iluminan
Oleadas de resplandores,
Que me deslumbran la vista,
Y, al parecer, me recuerdan
Otra existencia divina.

XII.

¿Que es un sueño imposible? ¿Que se agita
Ciega la humanidad,
Y que la tierra turbulento inunda
De lágrimas y sangre un ancho mar?

¡Si yo lo sé! ¿No escucho, por ventura,
Rugir la tempestad;
No miro el rayo, que, rompiendo nubes,
Viene la tierra mísera á incendiar?

Lo sé; pero dejadme estos hermosos
Sueños de eterna paz,
Que nadie en este mundo viviría
Si no pudiera con el bien soñar.

XIII.

Es cierto, yo la ví: la ví, deshecho
Su pobre corazon en mil pedazos,

Ser arrojada del paterno techo
Con un niño pequeño entre los brazos.

Yo la he visto, eclipsada su hermosura,
Con la mirada delirante y loca,
Por las calles errar á la aventura,
Buscando pan para su hambrienta boca.

El mundo, que adorábala rendido,
Cual mónstruo de maldad hoy la presenta...
¿Quién del ángel hermoso, que ha caido,
No sabe alguna infamia, alguna afrenta?

Á quien vivió en la cumbre, en la más alta,
Con más rigor, al descender, oprimen:
Cada mirada suya fué una falta,
Cada sonrisa reputóse un crímen.

Su virtud fué, tan sólo, hipocresía,
Que el vicio mismo á sostener enseña:
¿Qué más?—¡Áun siendo niña todavía,
Era tan bulliciosa y tan risueña!

¡Pobre muger, por el amor cegada,
Siendo menor tu culpa que tu pena,
No serás por el mundo perdonada
Como lo fué por Cristo Magdalena!

XIV.

Desde la inmensa altura
De la torre, á las nubes elevada,
He pensado, de un vuelo,
Descender á la tierra que miraba.

En la velera nave,
Cruzando el mar inquieto, he deseado
Entregarme á las olas
Y el fondo recorrer del Oceáno.

Mirando sobre el monte
El cráter del volcan, sentí el deseo
De arrojarme animoso
En los horrores de su oscuro centro.

En pós de estas quimeras
Audaz el hombre, sin descanso, corre;
Que es lo desconocido
Quien arrastra el espíritu del hombre.

XV.

La nave se deslizaba
Sobre las aguas del mar,

Cual pájaro á quien azotan
Las alas del huracan.

Vino la noche, y la Luna
Que la quiso acompañar:
Los pasajėros dormían
Y velaba el capitan.

Escuchando esos rüidos
Que pueblan la soledad,
Él con las olas hablaba
Y con los vientos, quizás.

Hablaba con unas sombras,
Que, entre las aguas del mar,
Saludaban, con orgullo,
El pabellon nacional.

Las sombras desparecieron,
Y, entónces, el capitan
Vertió una lágrima ardiente
Que se llevó el vendaval.

Queriendo yo divertirle
De su pena y de su afan,
Le pregunté:—¿Dónde estamos?
Y me dijo:—¡En Trafalgar!

XVI.

Muere Abel, y el hermano fratricida,
Manchado con la sangre del delito,
Errante, sin hogar, de Dios maldito,
Arrastra el peso de su infame vida.

Muere Caín; mas no sacude el yugo
Que le impone la sangre derramada,
Y el alma de Caín es condenada
Á vivir en el cuerpo del verdugo.

XVII.

¡VIVIÓ...!

Fueron los dulces cantos que, en la cuna
De su infancia, escuchó,
Gemidos que á su madre moribunda
Arrancaron el hambre y el dolor.

Negro y amargo pan, que de alimento
Escaso le sirvió,
El precio fué, con lágrimas regado,
De su infantil sudor.

Tuvo una compañera; hijos queridos
De su infeliz union,
Que miraba, llorando, expuestos siempre
Á la lluvia y al sol.

¡Ay, suelen ser los hijos, para el pobre,
Frutos de maldicion!
La madre alimentaba á los pequeños
Á costa de su honor.

Los hombres, impasibles, no aliviaron
Su mísera afliccion,
Y el hambre horrible, que el delito enjendra,
Á los hijos las cárceles abrió.

Le abandonaron, luégo, á un tiempo mismo,
La vida y el dolor,
Y fué la muerte su primer consuelo...
¡Y dicen que vivió...!

XVIII.

¿Esos rumores, que repite el viento,
Siempre, en nuestros oidos,
Se forman con su propio movimiento
Y no son más que inútiles rüidos?

Escuchando esos écos, que ya enojos
Suelen fingir, ya calma,
Han vertido una lágrima mis ojos
Y ha temblado mi alma.

Oigo yo, noche y día,
En esos écos, que, en constantes giros,
Pueblan el aire, voces de agonía,
Y lamentos, y quejas y suspiros.
No son notas perdidas
Esas que el viento encierra:
Son voces recogidas
En todos los lugares de la tierra.
Yo, á su rumor atento,
Escuchándolo sigo,
Porque en ese rumor habla conmigo
Toda la humanidad, que habla en el viento.

XIX.

PENSAMIENTO DE SCHILLER.

Niño, que, sin pena alguna,
Ves de tu vida la aurora,
Ancho te parece ahora
El espacio de tu cuna.

Serás hombre: afan profundo
Irá agitando tu pecho,
Y ha de parecerte estrecho
Todo el espacio del mundo.

XX.

CARTA.

Te voy á complacer, mi caro amigo.
¿Quieres saber la historia
Que atormentaba, un tiempo, mi memoria?
Óyela, pués, Rodrigo;
Óyela tú, que fuiste
De mi dolor testigo
Y mis penas de niño compartiste,
Como las tuyas yo: no se quebranta
Nuestra amistad sincéra:
La contrajo una pena verdadera:
La amistad del dolor es la más santa.

Negros eran sus ojos, dulces, graves;
Bellísimo reflejo
De una luz celestial, del alma espejo.
La amaba...¡sì la amaba, tú lo sabes!
Ella tambien me amaba:

Yo, si era hermosa ó fea, no sabía:
Sólo te sé decir que la quería
Y que á mí con quererla me bastaba.
Soñábamos los dos, con loco empeño:
Soñábamos...—¿en qué?—¡Quién sabe, ahora!
Mas, ¿quién, Rodrigo, no ha tenido el sueño
De ser feliz con la muger que adora?
Soñábamos, tal vez, en la casita,
Escondida en el bosque silencioso,
Que el ruiseñor habita,
Al lado del riachuelo rumoroso:
En mil cosas más bellas,
En placeres sin nombres:
En pasar de este mundo de los hombres
Á otros mundos de luz, soles y estrellas:
En que ya, eternamente,
Como notas iguales, confundidas,
Del humano concierto desprendidas,
Se vieran nuestras almas, dulcemente,
Por el amor, en el espacio, unidas,
Y en qué sé yo qué más... ¡La vida entera
Poco á decirte nuestros sueños fuera!

Á contar, uno á uno, no me atrevo
Estos que sueños llaman,
Por si repito lo que dicho llevo;

Que hablan los que se aman
Siempre lo mismo, y les parece nuevo.
¡Sueño no más y juvenil capricho
Fué aquel amor, en su existencia corta!
¿Dije que desperté..? Pero... ¿qué importa?
Con decir que era un sueño ya lo he dicho.

Condicion de muger, condicion triste
Que nadie explicar puede:
Cuando debe ceder, siempre resiste,
Y cuando debe resistirse, cede.
Ella cedió cobarde
Cuando la suerte infiel probarnos quiso;
Ni áun fué su amor la estrella de la tarde,
Fué sombra del crepúsculo indeciso.

Ella cedió, es verdad: mas ¿cómo pudo
Del dolor que avasalla
Resistir firmemente el golpe rudo,
Si, al entrar de la vida en la batalla,
Un corazon le dieron por escudo;
Corazon de muger, débil y amante,
Mísero escudo, que en la lid reñida
Nunca rechaza el dardo penetrante
Y más lo clava en la mortal herida?
Para el suyo y mi daño,

Tantas de nuestro amor las penas fueron,
Que su antigua constancia, al fin, rindieron,
Y dígote, en verdad, que no lo extraño.
¡Ola rugiente, que, con furia loca,
La roca enhiesta, sin cesar, abruma,
Acaba siempre por hundir la roca
Y sepultarla entre la hirviente espuma!

Arrasadas en llanto las mejillas
Y triste la mirada, cual ninguna,
Con ese resplandor que dá la Luna
Detrás de vaporosas nubecillas,
Díjome:—¡Adios!—En vano,
Le rogué humilde, supliqué de hinojos,
Y una lluvia de lágrimas mis ojos
Vertieron en la nieve de su mano.
¡Ay, no te asombre la flaqueza mía!
Lloré, te lo confieso...
¡Era el primer amor que yo sentía!
Iba á partir: un beso,
De su virtud severa sin agravios,
Dejé en su pura frente,
Y, aunque fué el beso apasionado, ardiente,
Frío sentí que me quemó los lábios.
Si alguna vez besaste, amigo mío,
De un cadáver querido el rostro yerto,

Comprenderás lo intenso de aquel frío;
Yo besaba un cadáver: mi amor muerto.

Ver más clara y distinta
La gloria de venturas, ya pasadas,
Leer, con ansiedad, cartas llegadas,
Donde se vén más lágrimas que tinta;
Contestar—en la forma que penetras—
Á la carta en que un alma se percibe,
Arrojando al papel en que se escribe
El alma toda convertida en letras:
Apresurar, con el febril deseo,
El tiempo, tardo á quien su afan devora;
Pues tú creerás, á veces, cual yo creo,
Que hay una eternidad en una hora:
Ver que, por fin de desventuras hartas,
Al amor sucedió la indiferencia,
Que, á pesar del despecho y la impaciencia,
Ni cartas vienen, ni se cruzan cartas:
Estos son los tormentos de la ausencia,
Los que yo he padecido.
No hay remedios que atajen
Este funesto mal... ¡Ay, el olvido
Es verdadera muerte, y nó su imágen!

Quise apurar de mi dolor aleve

La horrible realidad, y ver la hoguera,
Que el amor encendiera,
Extinguida y cubierta por la nieve.
—Como ladron nocturno, en su morada,
Temblando, penetré: dormía el mundo
En brazos de la noche sosegada:
Era el silencio sin igual, profundo,
Y sólo se advertía
El éco de mi paso fugitivo;
Mi pobre corazon latió tan vivo,
Que, mil veces, pensé que se rompía.
Sentí bajo mis piés tupida alfombra,
Miré un rayo de luz, ténue, inseguro,
Y mi espantada sombra
Trémula dibujarse sobre el muro.
Velada por un rico cortinaje,
Ante mis ojos se ofreció una puerta,
Y, cual si fuese la cortina encaje,
Ví, á través de ella, la figura incierta
De la muger á mi pasion traidora...
¡Era ella!... ¿Quién ignora
Que, áun á pesar del tiempo y la distancia,
Conoce el corazon á la que adora?
—Conócese á la flor por su fragancia.

Hablaba, y escuché.—Murmullo tierno

Formaban sus palabras, mal oidas;
Mas, al cabo, entendí frases sentidas,
Juramentos de amor, de amor eterno.
Escuché, de su boca, aquellos nombres
Que brotan de los íntimos cariños
Y dicen las mugeres á los hombres
Cuando, por el amor, se vuelven niños.
Fijos pensé mirar sus ojos bellos
En el amante, con su dicha ufano:
Ví que estendió la nacarada mano...
—¿Acarició, tal vez, unos cabellos?—
Creció de sus palabras el torrente,
Cual si un volcan de amor, nunca sentido,
Estallára en su pecho, de repente:
Sentí en el corazon terrible peso,
Y antes llegó hasta el alma, que al oido,
El rumor misterioso que hace un beso.

En mi febril locura,
Yo penetré en la estancia, delirante...
¿No debía inmolar á la perjura
En brazos de su amante?
Ella me vió sin cólera: la ira
Me cegaba los ojos:
Iba á saciar en ella mis enojos,
Cuando su tierna voz díjome:—¡Mira!—

Miré, entónces, y ví... ¡Terrible suerte!
¡Ay, en aquella hora,
En vez de dar la muerte á la traidora,
Al amor que le tuve dí la muerte!
La ví, dichosa cual muger ninguna,
Repitiendo palabras de cariño,
Al pié sentada de la dulce cuna
Donde tranquilo reposaba un niño.

Vive feliz, envuelta en el reposo
De la ignorada aldea,
Al lado de su esposo
Y del ángel hermoso
En quien su amor materno se recrea.
¡Ah, no esperes que el alma me taladre
De un amor criminal la flecha airada!
¡Ya nunca pienso en la muger amada:
Alguna vez, me acuerdo... de la madre!

XXI.

Sí: son horas de misterio
Estas, que paso indolente:
El alma, en ellas, se siente
Libre de su cautiverio.

Horas sin luz, sin rüido,
De inefable vaguedad,
En las que ignoro, en verdad,
Si estoy despierto, ó dormido.

Inmóvil el cuerpo, aquí
Nada escucho, nada siento:
El alma y el pensamiento
Huyen, entónces, de mí.

Entre esas nubes, que en tules
La triste Luna transforma,
Quizás vagarán, en forma
De nubecillas azules.

Tal vez su forma anterior
Dejen por otras más bellas,
Tomando de las estrellas
El trémulo resplandor.

Quizás al Alba indecisa
Roben los ténues colores,
Los aromas á las flores,
Los suspiros á la brisa.

¡Quién sabe...! Mi languidez
Sacudo, y gran dolor siento:

Vuelven alma y pensamiento
Á su cárcel, otra vez.

Y, al entrar, van derramando
Triste llanto lastimero...
Decidme... ¿qué prisionero
No entra en su cárcel llorando?

XXII.

¿Lo recuerdas..? ¡Momentos de ventura
Se graban, para siempre, en la memoria!
Mis manos con las tuyas enlazadas,
Respirando el perfume de tu boca,
Te hablaba de mi amor... ¡Ay, en la tierra,
El amor, que es reflejo de la gloria,
Manchado con el hálito del mundo,
Áun más que al alma, á los sentidos toca!
—Pero no comprendiste mis palabras,
Ni el loco afan de mi pasion furiosa,
Que fué de tu virtud, de tu hermosura,
Tu virginal pureza defensora.
Iluminaba tu divino rostro
Un rayo de la Luna melancólica...
Me avergonzé de mi pasion, entónces...
¡Tú estabas en la luz, y yo en la sombra!

XXIII.

No porque sea destrozada
Del mar por la furia impía
La nave parte vacía,
Que parte, siempre, cargada.

Ruge el viento: el mar la inunda...
Con ella se sepultó
La riqueza que llevó
En la inmensidad profunda.

Aunque ninguno recuerde
El triste lugar en donde
Tanta riqueza se esconde,
No temais, que no se pierde.

Cuando el cielo está sereno
Y no hay ola que se agite,
El mar al hombre permite
Que explore su oculto seno.

Ya trueca el mar su fiereza
En calma apacible y grave:
Ya va pasando otra nave
Que recoje la riqueza.

Se hunde esta nave: otras ciento
La siguen, con ansiedad...
¡La nave es la humanidad,
La riqueza el pensamiento!

XXIV.

¿Que á dónde voy, me preguntais?—Siguiendo
Este largo camino con vosotros,
Lleno de horror, el corazon herido,
Y con mi Cruz al hombro.

Igual es nuestro paso, igual la senda:
Mas... ¿cómo vais tan triste, y yo alegre,
Siendo, como vosotros, un viajero
Que va desde la vida hácia la muerte?

XXV.

LA GUITARRA DEL CIEGO.

En una esquina apoyado,
Aunque el pesar le desgarra,
Templa su pobre guitarra
El ciego desventurado.

Después de luchas prolijas,
Le arranca infernales notas,

Que las cuerdas están rotas
Y le faltan las clavijas.

Distintas músicas son
Las del mísero instrumento,
Y siempre es el mismo acento,
Siempre es igual la cancion.

Que la guitarra, en su afan,
Con música aterradora,
Cuando canta es porque llora,
Y dice llorando: pan.

Vistiendo oscuros crespones
Llega la noche sombría,
No tan negra ni tan fría
Como estan los corazones.

Se extingue todo rüido:
Solo en la calle ha quedado,
Y á su guitarra abrazado
Se queda el ciego dormido.

Si algúno, en su turbacion,
Caminando con torpeza,
En la guitarra tropieza,
Se escucha su vibracion:

Que, á los que vienen y van,
La guitarra, al ser herida,
Grita, con voz dolorida,
Rompiendo el silencio: pan.

XXVI.

No fué ella la culpada: un leve golpe
Quiebra el pomo de vídrio,
Y se evaporan, luégo, por los aires,
Los perfumes que encierra, ya vertidos.

Y él—mirad la justicia—su ternura
Consideró un delito,
Y despreció á su víctima orgulloso,
Cuando debiera despreciarse él mismo.

XXVII.

En el mar.

De millares de estrellas tachonado,
El cielo me servía de dosel:
Del mar resplandeciente se agitaban
Las olas misteriosas, á mis piés.

Vagando, como tétricos fantasmas,
De mar y cielo sobre el fondo azul,

Allá, en el horizonte, aparecían
Naves lejanas con la vela en cruz.

Rodeado por el cielo y por las olas,
Sentía engrandecerse el corazon,
Cual si de la grandeza que admiraba
Participase, sin saberlo, yo.

Muda contemplacion, vaga, inefable,
Absorvía la vida de mi sér:
Así pasaron las inquietas horas...
¿Qué pensaba, entretanto?... No lo sé...

Mas sentía, al cruzar el Oceáno,
Más vida, más amor, más libertad,
Más grandeza en el alma; y desde entónces
Suspiro por el cielo y por el mar.

XXVIII.

Huyendo voy del mundo: suerte impía
La realidad descubre ante mis ojos:
No detengais mis pasos vacilantes...
¡Dejadme solo!

Gloria, amor, amistad, triunfos, honores,
Que domínásteis mi cerébro loco,

Rechazo vuestra ingrata compañía...
¡Dejadme solo!

Fieros dolores, amarguras tristes,
Airadas penas, miserables ódios,
No sigais á la víctima que muere...
¡Dejadme solo!

Ilusiones hermosas, pensamientos,
Que ya esperábais de la vida el sóplo
Para romper la cárcel de mi frente...
¡Dejadme solo!

Quereis, en vano, detener mis pasos:
Sabed á donde voy, sabedlo todos:
Al cementerio voy... ¡Gracias, Dios mío!
¡Me dejan solo!

XXIX.

Le ví junto al cadalso: en su semblante,
Espejo del horror,
Áun brillaba, con rayo moribundo,
La remota esperanza del perdon.

Un pueblo inmenso, del cadalso en torno,
Bullía con afan,

Y espiaba del pobre sentenciado
La angustia horrible, el mísero temblar.

Con su túnica roja la Justicia
Al cadalso subió:
Cumplióse la justicia de los hombres...
¿Quién sabe la de Dios?

Yo, el triste reo, la Justicia, el pueblo,
Con espanto miré,
Y me dijo la voz de mi conciencia:
¿Cuál será el más culpable de los tres?

XXX.

Mar turbulento, con tu enojo abrumas
Míseras naves, que traidor inmolas,
Y se combaten, entre sí, tus olas,
Quizás para robarse las espumas.

Ruge, que no es posible que me asombres,
Que no tiembla, mirándote, mi pecho:
¡Y cómo he de temblar, si yo estoy hecho
Á ver las tempestades de los hombres!

Luégo, tal vez cansado, no rendido,
Lánguido te adormeces, sin orgullo,

Y en grave y melancólico murmullo
Truécase tu rugir embravecido.

Reflejas las humanas voluntades,
Pero no eres espejo de mi alma;
Que yo no tengo tu apacible calma
Y tengo, como tú, las tempestades.

XXXI.

Toda luz y toda hoguera
Se dirijen á la altura,
Las tinieblas evitando
Del humo que las circunda.
El cuerpo mortal es humo
De la luz del alma pura:
Mi espíritu es luz y fuego,
Que libre atmósfera buscan:
De las tinieblas huyendo
Sube, siempre, hácia la altura.

XXXII.

Decidme vuestras penas, oh mugeres
De ojos de fuego y pálido semblante,
Y escucharé, tal vez, á un tiempo mismo,

La historia de Satan y de los ángeles.
Nunca del hombre las agudas penas
Con otras de muger son comparables,
Que penas y desdichas de mugeres
Son, siempre, las más grandes.

XXXIII.

Yo con dos males porfío,
Que me matan, sin remedio:
De los dos, uno es el tédio,
Y el otro, el otro... el hastío.

Contra los dos estoy firme,
Y nunca mi ánimo ceja;
Mas cuando el uno me deja,
Viene el otro á combatirme.

No son mis males agenos
Á mis pasiones, quizás,
Que nacen de querer más,
Y nacen de querer ménos.

XXXIV.

¿Le diré que la adoro?—Es inocente,
Vírgen su corazon;

Viviendo en su pureza, todavía
Ignora los misterios del amor.

¡Quién sabe las ternuras, los encantos
Con que su afan soñó;
Quién sabe lo que siente y lo que piensa,
Quién sabe lo que entiende por amor!

¿Le diré que la adoro?—Nunca, nunca
Se lo dirá mi voz...
¡No quiero ser el viento que marchite
Las purísimas hojas de esa flor!

XXXV.

Ví pasar una camilla,
En donde, rígido ya,
El cadáver de un obrero
Llevaban al hospital.
—Iba sola: compañía
Ninguno le quiso dar;
Y yo miré, sin embargo,
De la camilla detrás,
La madre, con sus cabellos
Que hizo de nieve la edad;
Ví la triste compañera

Del desamparado hogar,
Y unos niños pequeñuelos,
Que se quedaban sin pan.

XXXVI.

LA TUMBA DEL SOLDADO.

Herido está: la muerte le rodea
En aquel triste campo ensangrentado:
Piensa, quizás, muriendo, el desdichado,
En los alegres campos de su aldea.

Dirije la mirada al horizonte,
Y al viento sus gemidos lastimeros;
Mas no le escuchan ya sus compañeros,
Que suben, suben al vecino monte.

La vida en muerte, rápida, se trueca:
Tienen las aves su festin impío:
Queda un cadáver miserable y frío
Á quien moja la lluvia y el Sol seca.

No hay un sér compasivo que le lleve
Á dormir, en la tumba, el sueño eterno...
Uno tuvo piedad; mas fué... ¡el invierno,
Que le labró un sepulcro con la nieve!

XXXVII.

Tú, recien casada,
Rompe el blanco velo;
Te aguarda el esposo
Que va á ser tu dueño.

¡Ay, si, al rumor ténue
De encendidos besos,
Despierta una sombra,
Que duerme en tu pecho!

¡Ay, si te recuerda,
De pasados tiempos,
Los locos placeres,
Los dulces misterios!

¡Ay de tu esperanza,
Si ves, junto al lecho,
La trémula sombra
Del amor primero!

XXXVIII.

Libre de la humana guerra,
Vuela el alma á otro paraje

Y el cuerpo una caja encierra,
Último tren que en la tierra
Hace el último viaje.

Va el entierro, lentamente,
Calles y plazas cruzando;
Los clérigos van cantando,
El duelo va indiferente...
Y ninguno va llorando.

XXXIX.

SOL Y ROCÍO.

El llanto, que bañaba tu semblante,
Fugaz se evaporó,
De una sonrisa, que brilló en tus lábios,
Al vivo resplandor.

¡Lágrimas y sonrisas confundidas!
Pero... ¿qué extraño yo?
¿No se mezcla en el cáliz de las flores
Grato rocío con la luz del Sol?

XL.

Por la tarde, por la tarde,
Al tiempo que el Sol se va,

Los vecinos de la aldea
Se ponen á conversar,
De sus humildes moradas
Sentados en el umbral.
Hablan, siempre, de sus hijos,
Que ausentes del pueblo estan,
Y arrancó de sus hogares
El servicio militar.
—Por el estrecho camino
Que conduce á la ciudad,
Cerca de las oraciones,
Ven un soldado llegar
Con el uniforme roto,
Vacío el pobre morral,
Con una pierna de palo
Que suena mucho, al andar.
—Al divisarle á lo léjos,
Preguntan, con ansiedad,
Unos:—¿Será nuestro Pedro?
Otros:—¿Será nuestro Juan?
Pasa, por fin, el soldado,
Que camina á otro lugar:
Profundo y triste silencio
Guardan los vecinos ya,
Y sólo la noche evita
Que se les mire llorar.



XLI.

El Peregrino. (De Schiller.)

Alegre juventud me sonreía
Cuando puse los piés en el camino,
Y mis juegos, mi hogar, mi herencia, un día
Cambié por el bordon del peregrino.

Una fé poderosa me impulsaba,
Una esperanza mágica y divina,
Una secreta voz, que me gritaba:
«Esa es la senda: mírala. Camina.

»Llega hasta el fin, que tu ventura encierra,
»Y encontrarás, cumpliendo tus anhelos,
»Un sitio en que los males de la tierra
»Glorias se vuelven de ignorados cielos.»

Viene la noche, y la risueña aurora,
Y la noche, otra vez... y sigo andando:
La fiebre del deseo me devora,
Y nunca miro lo que voy buscando.

Me quieren detener ríos caudalosos,
Montañas de granito inaccesibles...

Yo paso los torrentes espumosos,
Y salvo los abismos más terribles.

Sigo, sin desmayar; y encuentro un río,
Que corre, murmurando, hácia el Oriente;
Me arrojo á su cristal sereno y frío
Y me dejo llevar por la corriente.

Y me conduce al mar, que, con enojos,
Rompe en desnudas rocas su olëaje:
Ya tengo el libre espacio ante mis ojos...
¡Y áun no he llegado al fin de mi vïaje!

¡Triste y vano esperar! Ningun camino
Me llevará á ese fin, que tanto anhelo:
No ha de ver el errante peregrino
Que se junte la tierra con el cielo.

¡Ay de mí, sin ventura!... Y sigo andando,
Como en los tiempos de mi edad primera,
Y nunca el sitio á donde estoy llegando
Es, ay, el sitio donde estar quisiera.

XLII.

El Sol radiante fulgura,
Pero la noche es sombría:

Tomad vosotros el día,
Dejadme la noche oscura.

El Sol, con su claro imperio,
Las ilusiones destierra:
La noche... ¡la noche encierra
Tanto amor, tanto misterio!

¡En ella aliento y respiro
De los hombres ignorado,
Y aunque pase por su lado,
Ni me miran, ni los miro!

¡Qué triste, oh noche, te ven
Mis ojos, fijos en tí!
Dejadme la noche á mí,
Que estoy muy triste, tambien.

¡Dejádmela, que es mi encanto,
Dejádme con ella en calma,
Porque la noche y mi alma
Se entienden... y se hablan tanto!

XLIII.

Hermosa es como un ángel: afligida,
Y con doliente voz,

Mendíga, por las plazas y las calles,
Una limosna, por amor de Dios.

Huérfana y sola, sin amparo alguno,
Vagando, sin cesar,
Eres como la flor que antes de abrirse
Seca en la propia rama el vendaval.

El cielo la pobreza y la hermosura,
En mal hora, te dió,
Que la hermosura y la pobreza inflaman
El torpe fuego de lascivo ardor.

¡Pobre niña!... Con lástima piadosa
Te miro mendigar:
Hoy, ya te aguarda el vicio, que te cerca,
Y mañana te espera el hospital.

XLIV.

EN ITÁLICA.

¡Aquí Itálica fué!... Se han sepultado
Entre escombros las águilas latinas...
—Siento el pecho turbado
Ante la majestad de estas rüinas.—
La noble gente, que habitára un tiempo

La romana ciudad, yace olvidada;
Y áun contemplan mis ojos
Las míseras reliquias, los despojos
De la ciudad insigne derribada...
¡Ay! ¿Más que el hombre, que labrarla pudo,
Vive, acaso, la piedra inanimada?
¡Ah, nó! En estas rüinas veo la huella
Del pueblo altivo que les diera nombre,
Y si vive la piedra, es porque en ella
Se refleja el espíritu del hombre.

XLV.

Cuando yo muera, no quiero
Que me lleveis á enterrar
Al cementerio mezquino,
Donde los muertos estan,
Removidos por el hombre,
Profanados, sin cesar.
—Al turbulento Oceáno
Mi cadáver arrojad:
Con grandeza, nunca usada,
Allí mi cuerpo tendrá
Olas de brillante espuma
Por mortaja funeral;

Por gemidos y sollozos
El rumor del huracan,
Por lápida todo el cielo,
Por sepulcro todo el mar,
Por atmósfera de muerte
La luz de la inmensidad.

XLVI.

Los pájaros.

Hay niños criminales, que, escalando
Los árboles frondosos, decididos,
El riesgo despreciando,
Arrancan á los pájaros sus nidos.
Los pájaros se quejan,
Y, en confusion volando,
Rápidos de los árboles se alejan.
Llegan á otras regiones, en bandadas,
Pero á labrar sus nidos no se atreven,
Temiendo que otras almas despiadadas,
De nuevo, se los lleven.
Inquietos, revoltosos,
Andan volando, siempre temerosos:
Examinan los árboles, se juntan,
Se esconden en los huecos del ramaje

Al más ténue rumor, y en su lenguaje
—¿Tambien aquí habrá niños?—se preguntan.

Yo, triste, por la tierra caminando
En desiertos sin nombres,
Si me detengo á reposar, temblando,
Me pregunto tambien:—¿Habrá aquí hombres?—

XLVII.

Mi alma, volando agitada,
Quiso ver la inmensidad;
Cruzó, primero, la tierra,
Después, las olas del mar;
Surcó la region del viento,
La luz del Sol dejó atrás,
Y siguió volando... y luégo
Se perdió en la oscuridad.

XLVIII.

Dicen que lo pasado se confunde
Del triste olvido con las negras sombras,
Que el corazon en lo presente vive,
Que todo, con el tiempo, al fin, se borra.

Tal vez será verdad; pero mi alma
No debe ser, entónces, cual las otras;
Lo que en ella escribí siempre está fijo,
Sin que se borre ni una letra sola.

¡Oh vosotros, felices, que, en el mundo,
Aprendeis á olvidar las penas todas,
Decidme, luégo, un sitio donde pueda
Perder, como vosotros, la memoria!

XLIX.

Cubierto de su uniforme
Con miserables pedazos,
Por las plazas y las calles
Vaga un mísero soldado,
Que en la sangrienta batalla
Perdió los robustos brazos.
—Á veces, rueda una lágrima
Por la faz del veterano,
Al recibir la limosna
Con que compra el pan amargo,
Que las glorias militares
Reservan á los soldados.

L.

Miradlos: son los niños de la Inclusa,
Que pasan, dos á dos,
Y deben el tormento de la vida
Al infortunio, al crímen y al amor.

¡Cuántos séres felices, que los miran
Pasar, de dos en dos,
Estaran escuchando, mientras pasan,
De su conciencia el grito acusador!

LI.

Rudo trabajo, inmensas amarguras,
Lágrimas, y pesares, y tormentos;
Ilusiones de un bien, que no se alcanza,
Males, que, por ser males, ya son ciertos;
Traidoras esperanzas fugitivas,
Más dolencias del alma que del cuerpo,
Sombras y oscuridad, que nunca puede
Penetrar el humano pensamiento,
Son, ay, los tristes dones y la herencia
Que, al entrar en la vida, me ofrecieron.
Yo, que, ántes de nacer, no lo sabía,
¿No fuera más feliz con no saberlo?

LII.

Es el génio del valor,
Que va la tierra humillando:
Mugeres y hombres, gritando,
Aclaman al Vencedor.

Las ciudades, en desiertos
Cambió, con bárbaro afan:
Hundidos sus piés estan
Entre millares de muertos.

¿Qué loca fascinacion
Hace que así le aclameis...?
¡Los cadáveres que veis
Los de vuestros hijos son!

LIII.

¿CUÁNDO.. ?

«Áun no es tiempo, detente:
Muy rápidos los años se deslizan:
Verás cómo los sueños de tu mente,
Cuando pasen algunos, se realizan.»
Pobre niño inocente,
Ambicioso, quizás, desde la cuna,

Soñaba con la gloria y la fortuna;
Pero, humilde, la voz obedecía
Y, lleno de ilusiones,
Murmurando «áun no es tiempo» me dormía.
Perdí del niño la tranquila calma;
Juveniles pasiones
Inundaron mi alma;
Mis sueños revivieron más ardientes,
Mi ambicion más altiva,
Y nublaron mi frente pensativa...
¡Suelen nublar los sueños tantas frentes!
Mas salieron, en vano,
De mi infantil olvido:
«Áun no es tiempo, es temprano,»
La voz, de nuevo, murmuró en mi oido;
Y los años volaban
Y mis sueños de gloria se llevaban.
¡Ay...! Tengo ya, en el día,
El porvenir más corto que el pasado,
Nunca mi afan he visto realizado,
Y «áun no es tiempo» me dicen todavía.

LIV.

El error, la maldad, la intolerancia,
Audaces intentaron

Ahogar entre las llamas de la hoguera
El pensamiento humano.

El pensamiento, en fuego convertido,
Se remontó al espacio,
Y á la tierra, después, bajó aquel fuego
Convertido en un rayo.

LV.

CUESTIONES. (DE HEINE.)

La noche está serena, el mar en calma:
Desde la orilla, batallando, á solas,
Un hombre con las dudas de su alma,
Dice sombrío á las inquietas olas:

»Descifradme el enigma de la vida,
Este enigma terrible y misterioso
Que va la inteligencia dolorida
Persiguiendo tenaz y sin reposo.

»Este enigma fatal, que el pensamiento
Deja confuso entre ilusiones vanas,
El que á tantas cabezas dió tormento,
Fiebre y espanto y prematuras canas.

»¡Explicadme este enigma tan profundo!

¿Qué es el hombre?... Decid... ¿De dónde vino?
¿Á dónde, á dónde va?... ¿Quién de este mundo,
Quién de los otros mil rige el destino?»

Calla el hombre: detiénese esperando...
Nada escucha, y espera todavía,
Mientras siguen las olas murmurando
Su eterna y melancólica armonía.

¡Y el hombre espera aún!... De sus querellas
Los écos se extinguieron, poco á poco;
Brillan indiferentes las estrellas...
Y sólo aguarda la respuesta un loco.

LVI.

En vano, me encareces tus dolores;
Y pequeños los debo de juzgar,
Cuando el llanto, á raudales, de tus ojos
Estoy viendo brotar.

Pues siendo mi dolor grande y profundo,
Como el seno insondable de la mar,
He olvidado, muger, cómo se llora...
Y ya no sé llorar.

LVII.

Amor, amor divino,
Dulce pasion eterna,
Tú eres la luz del alma
Condenada á vivir sobre la tierra.

Amor, tú de los séres
Los vínculos estrechas,
Y el grave movimiento
Dirijes de las pálidas estrellas.

En un volcan de amores
Mi espíritu se quema;
Un volcan encendido
En una cumbre donde siempre hiela.

La sed que me devora
Aquí nunca se templa:
Sólo puede apagarse
Con el amor de la infinita Esencia.

LVIII.

¿Vive, acaso, un cadáver?—Te pregunto,
Y me dices que nó.

Si no vive un cadáver... ¿cómo, entónces,
Vive mi corazon?

¿Vive un cuerpo sin alma?—Es imposible,
Me vas á responder.
Si me han robado el alma... ¿cómo vivo?
¡Ni yo mismo lo sé!

LIX.

Mientras el cansado abuelo
Le dá lecciones sencillas,
Está sobre sus rodillas
Cabalgando el nietezuelo.

Su mano acaricia leve
Los cabellos del anciano:
Los cabellos y la mano
Son la púrpura y la nieve.

Suena el rumor halagüeño
De algun ósculo süave;
Pero el niño está muy grave,
Y el anciano muy risueño.

Su alegría, la tristeza
Del tímido niño agrava:

Uno es la vida que acaba,
Otro es la vida que empieza.

Son dos naves, que estan viendo
El mismo puerto, á la par,
Saludándose, al pasar,
Una, entrando, otra, saliendo.

Una, de las luchas fieras
Herida viene y cansada;
La otra sale engalanada.
Con flamëantes banderas.

Mas la una, con rumbo cierto,
Llega al puerto, en feliz hora,
Mientras la que sale ignora
Si volverá á ver el puerto.

Alegre debe de estar
La que el puerto, al fin, alcanza,
Y triste la que se lanza
Á los abismos del mar.

LX.

Sola está ya mi alma,
Que, aunque tú vives, para mí te has muerto:

Sola, como la palma
Que crece en las arenas del desierto.
Mas no pienses que lloro, tristemente,
Del olvidado amor la ilusion bella,
Aunque mires más pálida mi frente
Que el rayo de la Luna que dá en ella.
Yo conocí tu amor, ángel caido,
Y prefiero á tu amor, tu eterno olvido.

LXI.

Ninguno le da la mano,
Viéndola en el mundo, sola,
Caminar con tres desdichas;
Pobreza, hermosura y honra.

Cuando al borde del abismo
Mañana el hambre la lleve,
Todos la iran empujando
Para que más pronto ruede.

Siendo ángel, de luz vestido,
El mundo la menosprecia,
Y la seguirá, mañana,
Siendo ángel de las tinieblas.

LXII.

Miro á mis piés las olas detenerse;
Sobre la arena lánguidas suspiran,
Y luego de la playa se retiran
Y á lo léjos comienzan á perderse.

Sus frágiles espumas plateadas
Con álas invisibles roza el viento,
Y acelera su eterno movimiento
En vastas soledades ignoradas.

Yo con mis tristes pensamientos lidio,
En esta playa, meditando, á solas,
Miéntras se van las murmurantes olas:
Van á la inmensidad... ¡Yo las envidio!

¡Ay, si esta ola, que á mis piés se estrella,
Y á retirarse inquieta se prepara,
Envuelto en sus espumas, me arrastrára
Á la sombría inmensidad con ella!

LXIII.

Las dichas que me rehusas,
Otra muger me dará:

Poco pierdo, pues los goces
Del alma, que valen más,
Como nunca los sentiste,
Nunca me los puedes dar.
Nada pierdo con perderte;
Morir de sed es, quizás,
Mucho mejor que apagarla
En túrbio manantïal.

LXIV.

Yo, desdichado, cometí un delito
Y estoy cumpliendo mi terrible pena;
Mas ni el delito ennegreció mi alma,
Ni el terrible castigo me avergüenza.

Nó; mas, por eso, en mi cansada frente
Melancólica nube se refleja,
Y brotan de mis ojos doloridos
Lágrimas, ay, que mi semblante queman.

Es mi delito el del linaje humano
Condenado á vivir sobre la tierra:
Sabed todos mi pena y mi delito:
El delito, nacér; vivir, la pena.

LXV.

No puedo ver su pálido semblante,
Pero es ella, sin duda:
Yo miro los suavísimos contornos
De su trémula y blanca vestidura.

La reconozco así, llorosa y triste
Como aquella vez última
En que nuestras dos almas se apartaron
Para no hallarse nunca.

Es ella, sí: sus lágrimas cayendo,
Cayendo todas juntas,
Como son transparentes y son blancas
Forman su vaporosa vestidura.

Ya aparece á mis ojos deslumbrados,
Ya, rápida, se oculta...
Mas... ¡cuál no fué mi error! ¡Si es lo que veo
Un rayo de la Luna!

¡Si es que, siempre, ante mí, con leve giro,
Su bella imágen cruza!
¡Si es que en mis ojos se quedó grabada,
Y en todas partes ven la imágen suya!

LXVI.

Llora la madre aflijida
Y abraza á su muerto niño,
Cual si el calor del cariño
Pudiese darle la vida.

Con el rostro triste y bajo,
El padre, aunque al hijo siente,
Ocúpase solamente
En dar fin á su trabajo.

¡Ay! Aunque siempre le sobre
Horror á la muerte ciega,
Áun tiene más, cuando llega
Á la morada del pobre.

El padre, con lentitud,
En su trabajo, al fin, cesa...
¡Con las tablas de una mesa
Ha labrado un ataud!

El niño á su fondo baja...
¡Pobre padre sin fortuna!...
¡Ayer le labró la cuna,
Y hoy le fabrica la caja!

LXVII.

Cuando mireis que la frente
Inclino sobre mi pecho,
Dejadme, dejadme á solas,
Sumergido en el silencio.
Dejadme solo, que, entónces,
Yo no sé por qué misterio,
De voces desconocidas
El rumor escucho atento.
Parece que álguien me habla
Desde el fondo de mi pecho;
Le respondo, me replica,
Y yo á contestarle vuelvo,
Y siempre estamos hablando...
Y nunca nos entendemos.

LXVIII.

Dejadla reposar; dejad que duerma,
Mientras yo la contemplo enamorado
Y miro la sonrisa dibujada
En los rojos claveles de sus lábios.
Dejad que ahora contemple su hermosura,
Mientras tiene cerrados

Los ojos, que, cuál sol, al despertarse,
Me abrasarán con sus divinos rayos.

¡Qué hermosa estás así! Yo, solamente,
Me encuentro ahora á tu lado:
Mas no temas, bien mío,
No temas un agravio.
El ángel de tu guarda
Es el constante amor que te consagro;
Que mientras es más puro y verdadero
Tiene mayor respeto al sér amado.

LXIX.

Encontrándonos siempre,
No nos vimos jamás,
Que yo vivo en la sombra
Y tú en la claridad.
Cuando mires la noche
Sobre el mundo bajar,
Las sombras señalando,
Exclama: allí él está.
Cuando venga la aurora
La tierra á iluminar,
Viendo sus resplandores,
Yo exclamaré: allí estás.

LXX.

LA CENA. (IMITACION DE SOUVESTRE.)

Todo cambia en el mundo y se transforma:
Las antiguas costumbres se han perdido:
Soy hombre apénas, y ninguna encuentro
De las que usaban cuando yo era niño.

Entre aquellas costumbres, hubo, siempre,
La de la cena, que jamás olvido,
Y era para la casa y la familia
El placer más sagrado y más tranquilo.

La tierna madre al lado del esposo,
Y el abuelo y los nietos confundidos,
Sentábanse á la mesa, gravemente,
Y á la cena feliz daban principio.

De la mesa al redor, una guirnalda
Formaban las cabezas de los niños,
Rubios y sonrosados, cual los ángeles
Que se ven en los lienzos de Murillo.

El dulce fuego del hogar prestaba
Á los objetos su color rojizo,

Y la vida interior de la familia
Mostraba sus risueños atractivos.

Luego, al amor de la templada lumbre,
Se hablaba á media voz, sin advertirlo,
En diálogos de pronto comenzados,
Y, á veces, de repente suspendidos.

Más tarde ya, guardábase por todos
Ese silencio cariñoso, íntimo,
Que, sólo con los séres que nos aman
Y que amamos tambien, es permitido.

Silencio, lleno de sin par dulzura,
Más elocuente que el acento mismo,
Lengüaje de las almas, misterioso,
Y precursor del sueño compasivo.

Silencio, que tan sólo interrumpian
De fugitivas chispas el crugido,
El rumor de la lluvia en los cristales
Y la campana del reloj vecino.

Sobre la mesa, en tanto, se doblaban
Las rubias cabecitas de los niños;
Con languidez cerrábanse sus ojos,
Y quedaban inmóviles, dormidos.

La madre, entónces, los llevaba al lecho,
Uno por uno, sin hacer rüido,
Tendiéndolos, primero, entre sus brazos
Para besar sus frentes con cariño.

El padre la miraba sonriendo;
Perdían fuego y luz su ténue brillo,
Y con el sueño la familia hallaba
Descanso y paz, resignacion y olvido.

—Sólo la hora del sueño hoy nos reune
En el hogar, que abandonado miro;
Hoy, la vida interior de la familia
No muestra sus risueños atractivos.

Hoy, ya, de la familia el amor santo
En afecto, no más, se ha convertido:
Hoy, casi no hay familia... Ya no hay padres
Que vean dormirse á sus pequeños hijos.

LXXI.

—¿Qué es amor?—pregunté un día,
En mi niñez sin dolor,
Á un sábio, y no respondía:
Siendo sábio, no sabía
Decirme lo que es amor.

Jóven ya, con dulce anhelo
Á una muger adoré,
Y en mi constante desvelo,
—¿Qué es amor?—le pregunté;
Y ella me dijo:—Es el cielo.

Pero su amor fué mentido,
Y el cielo despareció
Nublado por el olvido;
Y entónces, ya, supe yo
Qué es el amor y qué ha sido.

Sí; ya he logrado saber
Lo que preguntaba un día,
Pues, si bien á costa mía,
Me ha enseñado una muger
Lo que un sábio no sabía.

LXXII.

Á UNA AMIGA.

¿Cantos me pides?... ¡Si el canto mío
Entre tinieblas ha muerto ya!
Rota está el arpa, y eco sombrío,
Cuando la pulse, resonará:

Que estoy tan triste como la Luna
Con sus celajes de negro tul;
Yo soy un ave que, sin fortuna,
Cruzo la tierra y el mar azul:

Ave que mira deshecho el nido,
Santuario casto de puro amor;
Tórtola amante, cuyo gemido
Llena los campos de su dolor.

Blanca paloma, que, en la espesura,
Con tiernas voces oigo arrullar,
¿Cantos me pides?—¡Yo, sin ventura,
Sólo mis penas puedo cantar!

De la desdicha la nube impía
Vino á posarse sobre mi sien...
¡Nunca viniera! Desde aquel día
Perdido lloro mi dulce bien.

Oscuro cielo mi vista alcanza;
No resplandece, ya, para mí
El leve rayo de la esperanza:
Ya no soy sombra de lo que fuí.

Mis cantos suenan como conciertos
Lúgubres, tristes, de gran dolor;

Como las palmas, que, en los desiertos,
Dan á los aires manso rumor.

Suenan mis cantos, que oyes, sin calma,
Cual la armonía ruda del mar:
Como el suspiro que arroja el alma
Cuando la tierra quiere dejar.

Cual de los muertos la ceremonia:
Como las arpas, que, en su afliccion,
Sobre los ríos de Babilonia,
De tristes sáuces colgó Sion.

Yo, aquí en la tierra, soñando vivo,
Porque me espanta la realidad:
Yo, en este mundo, soy un cautivo,
Que llora, siempre, su libertad.

No pidas cantos, porque se agota
Con los pesares la inspiracion...
¡Pide gemidos; verás cual brota
Torrente de ellos del corazon!

LXXIII.

De la pureza la palma
No consigue tu belleza,

Pues yo sé que tu pureza
Es del cuerpo, y nó del alma.

Tal vez, por eso, en la mía
El amor tuyo decae,
Que si tu forma me atrae,
Tu espíritu me desvía.

Yo, sin hermosos vestidos,
Quisiera más verte, en calma,
Siendo una estátua sin alma,
Que una estátua con sentidos.

¿Cómo el alma que te alienta
Consientes que así te infame?
Bien es que un mármol no ame;
Pero es horrible que sienta.

Tienes el alma inmortal
En el cuerpo aprisionada,
Como una esencia encerrada
En un pomo de cristal.

El vídrio, que se consume,
Áun tiene su forma bella:
El alma... ¡mísera de ella!
Ha perdido su perfume.

Que es verdad—mas no sé cómo
Acontece en la existencia—
Que se derrama la esencia
Sin haberse abierto el pomo.

LXXIV.

LAS ALONDRAS. (PENSAMIENTO DE JULES BRETON.)

En el campo, desnudo de sus galas,
—Donde no hay una espiga cimbradora,
Que acaricien, con voz murmuradora,
Leves insectos de sutiles álas;—
De las doradas mieses despojado
Por la hoz segadora,
En un sitio apartado,
Que áun muestra las señales del rastrillo,
Despide rojo brillo
Un resplandor hermoso,
Un astro solitario y luminoso,
Que del cielo parece estar cayendo
Y en la tierra palpita,
Con sus vívidos rayos encendiendo
El aire que en la atmósfera se agita.
Mas sólo es un espejo que refleja
La luz del Sol en su cristal brillante,

Y el disco reflejado es tan radiante
Que al del Sol verdadero se asemeja.
¡Ay! Este Sol mentido,
Sin celajes ni blancas nubecillas,
Es un pérfido lazo que ha tendido
El hombre á las incáutas avecillas.

En torno de este Sol revolotean
Las alondras, cantando dulcemente,
Y con afan ardiente
Ya se acercan, ya giran, ya voltean,
Porque la luz divina
Á los alegres pájaros fascina.
—No sé qué encanto misterioso brota
De la luz; mas yo veo
Que atrae á la nevada gaviota
De las olas del mar el centelleo;
Que muere, al fin, la mariposa inquieta
Sobre la luz que ama,
Y arde del arte en la sublime llama
La mente del poeta.
Suele, tambien, traidora,
Alucinar al que en su brillo fía:
La luz que nos alumbra y que nos guía
Es incendio, tambien, que nos devora.

La razon no proteje
De la sencillas aves la inocencia:
No tienen la razon, que las aleje,
Buscando la verdad, de la apariencia.
Toman el lazo artero
Por el Sol de los cielos verdadero:
Cantan alegremente; enagenadas
Con los vivos fulgores que las ciegan,
Al Sol mentido, sin recelo, llegan,
Y caen las desdichadas
En el pérfido lazo: su destino,
Ya moribundas, las alondras gimen,
Y triunfa el hombre, porque el Sol divino
Cómplice fué que le ayudó en el crímen.

LXXV.

CANTARES.

Un jardin es este mundo,
Y ando triste en el jardin:
Las flores son para otros,
Las espinas para mí.

Este sentimiento mío
Yo no sé lo que será:
Llorando alivio mi pena,
Y sufro viendo llorar.

Puse en la tierra los ojos,
Luego en el cielo los puse:
En la tierra encontré sangre,
En el cielo encontré nubes.

Pasaba yo por tu calle,
Y no me quisiste oir;
Hoy, que no paso, preguntan
Hasta las piedras por mí.

—¡Luz, más luz!—el hombre exclama
Mientras dura su existencia...
¿A qué pedir tantas luces
Para morir en tinieblas?

Me van, me van empujando
Por la senda de la vida...
¿Si este camino es muy corto,
Por qué me dais tanta prisa?

Dicen que el mundo es muy vário...
¡Dichoso el que lo conoce!
Yo siempre he visto lo mismo:
Siempre cosas, siempre hombres.

Ya lo sé por experiencia;
Ya sé yo que, en este mundo,

Si necesito una mano
No ha de tenderla ninguno.

¡Los poderosos al pobre
No le pueden dejar más!
Le dejan... el Sol y el aire,
Que no le pueden quitar.

Ví una niña en la edad bella
De la infancia encantadora:
Dije:—¡Ojalá los capullos
Nunca se volviesen rosas!

Lleva la vida á la muerte,
Lleva á lo bello el amor,
Lleva la duda á la ciencia
Y el dolor lleva hácia Dios.

LXXVI.

EN EL ALBUM DE LA RÁBIDA.

Esta sagrada mansion,
Remediando la estrecheza
Del intrépido Colon,
Fué puerto de su pobreza
Y luz de su corazon.

Tú, grandioso monumento,
De su fama eres altar,
Y te alzas al firmamento
Combatido por el viento
Y por las olas del mar.

Yo, cual Colon peregrino,
Que hoy llego á tu antiguo muro,
Dejo, al seguir mi camino,
Unido mi nombre oscuro
Al nombre del gran marino.

LXXVII.

PENSAMIENTOS.

Yo—no sé si con pena ó alegría—
Murmuro, cada vez
Que el sueño me acaricia con sus álas:
¡Si no despertaré!

—

Buscó el hombre un acento soberano
Que explicase el furor de sus pasiones...
¡La voz terrible del rencor humano
Fué el rugiente tronar de los cañones!

—

¡Alma, que tanto piensas, agitada

Por febril ansiedad,
Elévate á lo inmenso, á lo infinito,
Ó deja de pensar!

—

Triste es morir; mas pienso, en mis antojos,
Que es más triste, más triste todavía,
No volver á mirar, amada mía,
La luz ardiente de tus negros ojos.

LXXVIII.

HISTORIA TRISTE.

Era flor tan delicada,
Que, al acariciarla el viento,
Pudiera quedar ajada,
Marchita con el aliento,
Seca con una mirada.

La juventud, bella y pura,
La animó con su presencia,
Y fué tanta su hermosura
Como breve su existencia
Y grande su desventura.

¡Mísera niña! Le dan,
Tan sólo, estos dones vanos,

Y, llena de noble afan,
Con la labor de sus manos
Tiene que ganar su pan.

Yo, yo la ví; noche y día
En silencio trabajaba,
Y apénas se sonreía;
Y, trabajando, enfermaba,
Enfermaba y se moría.

Ella, en su lecho cuitado,
Sangre arrojaba del pecho
Por la enfermedad minado,
Y yo me sentaba al lado
Del triste y mezquino lecho.

No sé quien era el más fuerte,
Ni cuántas horas amargas
Allí pasé, de esta suerte...
¡Eran las horas tan largas
Junto aquel lecho de muerte!

Lento dolor la aquejaba,
Y su contínua congoja
Lentamente la mataba,
Porque ella se deshojaba,
Como flor, hoja por hoja.

Yo, que morir la veía,
Haciendo á mi pena agravios,
Estar alegre fingía,
Y una sonrisa en sus lábios
—¡Ay!—contestaba á la mía.

Ante un cuadro del Señor,
Pálida llama ligera
Daba escaso resplandor,
Como si la luz temiera
Alumbrar tanto dolor.

Iba la noche pasando,
Para la enferma bien ruda;
Yo estaba inmóvil, llorando,
Ella resignada y muda,
Y la luz agonizando.

Ví, de pronto, que dormía
Y dije: «Dejad que duerma.
Siquiera hasta el nuevo día...»
—¡Pasó el tiempo, y todavía
Está durmiendo la enferma!

Fué enterrada, en noche oscura,
Sin aparato y sin caja,
Y sólo la tierra dura

Le dió piadosa mortaja
Al darle la sepultura.

Al más delicado sér
Toca, en suerte, un infinito
Y terrible padecer,
Como si fuera un delito
Haber nacido muger.

¡Mugeres, que, en triste coro,
Vuestra pobreza llorais,
Guardando vuestro decoro,
Tanta piedad me inspirais
Como aquella por quien lloro!

Aquella duerme en la fosa
Que á todos nos hace iguales;
Creció la yerba frondosa
Y borró hasta las señales
Del sitio donde reposa.

¡Infeliz...! Siento brotar
Nuevas lágrimas, que trajo
Á mis ojos el pesar...
¡Pobre mártir del trabajo,
Yo no te puedo olvidar!

LXXIX.

Á MI HERMANA MERCEDES.

No mengüa mi amor profundo,
Por más que en el rostro mío
Se grabe el sello sombrío
De las batallas del mundo:
Oigo el clamor furibundo
De su terrible contienda;
Mas tú vas por otra senda
Siempre con rostro sereno...
Tú tienes un ángel bueno
Que te ampare y te defienda.

Yo sé que en tu corazon
Vierte la virtud su esencia,
Que alumbra tu inteligencia
La luz de la inspiracion:
Tus versos *Ráfagas* son
De un divino pensamiento:
Tu lira sublime al viento
Esparce tierna armonía,
Que de tu dulce poesía
Es corona el sentimiento.

Yo piso, con triste afan,
El sendero de la vida,
Y soy, cual la hoja caida,
Juguete del huracan;
Pero tus versos estan
Siendo glorias para mí,
Pues cuantas veces te ví
La inspiracion respirando,
No ibas tú el génio buscando,
Te buscaba el génio á tí.

LXXX.

Forma, al volar, el viento
Montecillos de arena calcinada:
De uno en la pobre cima
Hay una Cruz en la desierta playa.

Es pequeña y humilde
Y de tosca madera fabricada:
Allí el Sol la ilumina,
Allí la besa el viento, el mar la baña.

Cubre la sepultura
De un náufrago infeliz, que, en hora infáusta,
Fué entregado á la muerte
Por un pérfido abrazo de las aguas.

Unas veces, las olas
Á los piés de la Cruz ténues se arrastran,
El perdon implorando
Á la inocente víctima inmolada.

Como nunca responde
De su triste murmullo á la plegaria,
Otras veces, terribles
La arena inundan y la Cruz asaltan.

Tal vez, así, pretenden
Librarse del terror que las espanta,
Borrando el testimonio
Del miserable crímen que las mancha.

Mas, luego, se retiran,
De combatir, en vano, ya cansadas,
Y queda en pié el severo
Acusador eterno de su falta.

Pudiera imaginarse
Que la Cruz y las olas tienen alma:
Que aquella era la lucha
Entre el delito y la conciencia humana.

LXXXI.

Cuando inanimado y frío
Miré el desmayado cuerpo
De aquella amiga,—ya muerta,
Que áun vive en mi pensamíento,—
Mártir santa del trabajo
Y de virtudes modelo,
Cuya historia de pesares
Dejo escrita en tristes versos;
Hondo y doliente gemido
Lanzando del roto pecho,
Dije, con pena infinita:
—¡Por última vez la veo!

Después, con rostro afligido,
Seguí el fúnebre cortejo
Tan pobre y abandonado,
Que yo solo formé el duelo.
En el rincon más oscuro
Del lóbrego cementerio,
Con tierra le prepararon
El lecho del postrer sueño.
Antes de que en él durmiera,
El rostro le descubrieron,

Y dije, entónces, llorando:
—¡Por última vez la veo!

¡Por última vez!... ¿Quién sabe
De las almas los misterios?
Esos trémulos murmullos,
Esos dulcísimos écos,
Que de la noche callada
Interrumpen el silencio,
¿No son almas, que se encuentran
Por las regiones del viento,
Unas yéndose del mundo
Y otras bajando del cielo...?
¡Ah, quién sabe, todavía,
Quién sabe si hemos de vernos!

LXXXII.

Íbamos los dos andando
Por senda desconocida;
Tú las almas abrasando,
Yo aborreciendo la vida,
Alegre tú, yo llorando.

Yo envuelto en nube sombría,
Tú envuelta en el resplandor

Que el cielo á la tierra envía;
Yo era la noche, tú el día,
Yo el pesar, y tú el amor.

Mil veces, radiante y bella,
Te he visto yo, antes de ahora,
Como aquel que ve una estrella,
Que la admira, que la adora,
Pero no sube hasta ella.

Desde la edad inocente
Nuestras plantas resbalaron
Por camino diferente...
¡Arroyos que se apartaron,
Naciendo en la misma fuente!

Nos hallamos: voy sediento
De paz, de ventura y calma,
Combatido y sin aliento,
Llena de tristeza el alma,
De sombras el pensamiento.

Yo camino, sin cesar;
Si, cuando el alma desmaya,
Me detengo á reposar,
Me arrancan, ay, de la playa
Las túrbias olas del mar.

Y las sigo, y no reparo
Á donde pueden llevarme,
Y quiero, en afan tan raro,
Cuando camino, pararme,
Y caminar, si me paro.

Alumbra luz transitoria,
Cuyos resplandores sigo,
Esta lucha sin memoria:
Yo traigo un afan conmigo,
Que es el afan de la gloria.

Por ella, aunque bonancible
Mi frente jamás alumbre,
Ardo en ámor invencible,
Que mi alma tiene costumbre
De soñar con lo imposible.

De tí me voy á alejar,
Que, en vano, pararme quiero
Y á tu lado reposar;
Soy un eterno viajero
Y mi destino es andar.

Adios, que el Sol tornasola
La nave y la mar serena:
Dejo en esta playa sola

Mi nombre escrito en la arena
Y va á borrarlo una ola.

LXXXIII.

Con lágrimas ardientes, Célia mía,
De mis venturas las memorias riego,
Entre cenizas apagado el fuego
Que, en otras horas, por mi bien, ardía.

Trocadas la ilusion y la alegría
En triste paz, en lánguido sosiego,
Mi pobre corazon, que estuvo ciego,
No volverá á latir como solía.

¡Y pides hoy, para adornar tu palma,
Un éco de mi lira desprendido!
Déjala, Célia, que repose en calma.

Mas... ¿no escuchaste el éco de un gemido?
Ese es el de mi lira, el de mi alma,
Que á tu súplica, al fin, ha respondido.

LXXXIV.

Hay aves en los bosques,
Que vuelan, sin cesar,

Cantando en dulces tonos
Su alegre libertad:
Mas si traidora mano
Las llega á aprisionar,
Y las batientes álas
Les corta con afan,
Se entristecen las aves
Y dejan de cantar.

Tambien yo canté alegre
En mi primera edad;
Mas, luego, por el mundo
Comencé á caminar...
Me cerca hoy de la vida
La odiosa realidad...
¡Me han cortado las álas,
Cautiva el alma está,
Y triste, cual las aves,
Ya no puedo cantar!

Erratas notables. Pág. 19, lín. 1, dice *de libro*, léase *del libro:* Pág. 38, lín. 10, dice *triste*, léase *tristes*; otras las suplirá la inteligencia del lector.

LIBRO SEGUNDO.

DEDÍCALO EL AUTOR

Á SUS ADORADOS PADRES

Y QUERIDAS HERMANAS.

RECUERDOS.

EL ARTE.

Canto el Arte y su grandeza,
Yendo de lo bello en pos,
Porque al cantar la belleza
Canto la naturaleza
Y canto al hombre y á Dios.

Yo te adoro... No eres, Arte,
Relámpago fugitivo
Que trémula luz reparte;
Eres Sol eterno y vivo,
Y me ciegas al mirarte.

Nunca padecer te ví
Del hombre la triste suerte

Viniendo á morir aquí,
Que no existen para tí
Edad, ni tiempo, ni muerte.

—Libre el Arte como el viento,
Fecunda y anima y crea,
Y con inspirado aliento
Sube al cielo por la idea,
Que es la luz del pensamiento.

No es luz que extinguirse amaga,
No es Sol, que, con lento paso,
Va á hundirse en la sombra vaga:
Es Sol que no tiene ocaso,
Es luz que nunca se apaga.

Ilumina á las naciones
Con los rayos de su gloria
Y escribe en los panteones,
Sobre mármoles, la historia
De muertas generaciones.

—En el mundo antiguo, apénas
Pisa las gradas del sólio,
Que, huyendo de las cadenas,
Vive en la plaza de Aténas
Y levanta el Capitólio.

Para cumplir su destino,
Ya al mundo antiguo contrario,
Emprende nuevo camino:
Baja del monte Aventino
Y sube al monte Calvario.

De mil templos colosales
Traza las líneas severas,
Y apiña las catedrales,
Que son bosques de palmeras
Creciendo en los arenales.

La humanidad subyugada
Gime, luego, en cautiverio:
La tiranía execrada,
En roja sangre bañada,
Sienta en la tierra su imperio.

Y hasta el Arte se intimida,
Y ante el tiránico alarde
Dobla la frente rendida,
Como un esclavo cobarde
Que ni áun merece la vida.

Y levanta con sus manos,
Para que quede memoria,
Que maldigan los humanos,

Monumentos á la gloria
Infame de los tiranos.

Tal fuiste... No temas, Arte,
No, al escucharme, te asombres;
Ninguna culpa he de darte,
Que yo no quiero culparte
De la infamia de los hombres.

—Lazos que unió la maldad
Del despotismo infecundo
Rompe, al fin, la humanidad,
Y á un tiempo el Arte y el mundo
Recobran la libertad.

Ya comprende su mision
El Arte, y su vil desmayo
Se trueca en inspiracion:
Alza un templo al Dos de Mayo,
Labra estátuas á Colon.

Y la lira castellana,
Con heróica independencia,
Volvió á sonar en Quintana:
Cantó la razon humana
Y cantó la inteligencia.

Valiente el pincel brilló,
Y al noble Juan de Padilla
De aquella tumba arrancó
Donde, con él, se enterró
La libertad de Castilla.

Sigue el Arte, sin cesar,
Conquistándose aurëolas:
Ciudades se ven flotar
Entre las hinchadas olas
Del alborotado mar.

Y los ódios apagando,
No hay límite, no hay frontera
Que, al fin, no vaya borrando,
Un solo pueblo formando
De la humanidad entera.

—Roba el Arte, enardecido,
Á la fuente el murmurar,
Á la brisa su gemido,
Á las aves el cantar,
Á las olas el rugido:

Á la pasion el acento,
Los suspiros al amor,
Los gritos al sentimiento,

Alegre voz al contento,
Tristes ayes al dolor;

Y, juntándolos, combina
Los sonidos elocuentes
Con que las almas domina;
Los armónicos torrentes
De la música divina.

Todo lo anima y transforma,
Tomando en el cielo norma
De cuanto en la tierra labra,
Y da al pensamiento forma
Convirtiéndolo en palabra.

Su gigante inspiracion
No se espanta, no se arredra,
Y en el lienzo, en la cancion,
En la música, en la piedra,
Va doblando la creacion.

Que, por misterioso arcano,
Del Arte por el camino,
Y á su impulso soberano,
Se une el espíritu humano
Al Espíritu Divino.

Á GIBRALTAR.

Gibraltar, Gibraltar; entre las olas,
Que á tus piés se desmayan lastimeras,
Ven tus ojos las naves españolas
Y el Leon de Castilla en sus banderas:
El Leon poderoso de Lepanto,
Que el cetro de dos mundos sostenía
Y aterraba los mares, si rugía;
Leon, del Orbe espanto,
Que en tus muros, tambien, rugió algun día.
—El pabellon inglés en tu muralla
La brisa inquieta mece:
Seguro, desde allí, retar parece
Á Tarifa y á Céuta á la batalla.
Ve al Leopardo el Leon extremecido
Y le amenaza, y á rugir comienza,
Y llorando, impotente, su vergüenza
Termina su amenaza en un gemido.

Cada vez, Gibraltar, que te he mirado,
Cual centinela del hercúleo estrecho
En la cima de Calpe levantado,

En justa indignacion ardió mi pecho.
Todo español la llama
Renueva, al verte, de implacable ira,
Y el estandarte de Inglaterra mira
Como baldon horrible que te infama.
¡Si no hay uno que rompa las cadenas
Con que presa el britano te mantiene,
Es porque España en sus cansadas venas
Una gota de sangre ya no tiene!

Si la tuviera la sin par Matrona,
Que gime desolada,
Afirmando en las sienes su corona,
Audaz blandiera, con robusta mano,
Del ínclito Guzman la heróica espada
Que te arrancó al poder del mahometano.
Y, entónces, seguiría,
De nuevo, la victoria á sus empresas,
Entónces, por los aires miraría
Volar tu pabellon hecho pavesas.

Por el espacio, de Guzman el Bueno
Vaga doliente la guerrera sombra,
Y te mira y se asombra
Viéndote esclava de señor ageno.
Ya tu recinto huella,

Y el fuerte muro, que venció, recorre;
Ya de tu suerte indigna se querella
Asomada á los huecos de *su Torre.*
Y él, que la media Luna
Al África vecina lanzó rota,
Contemplando el rigor de la fortuna,
Inmóvil, sorprendido,
Siente que el llanto de sus ojos brota,
Y que su corazon con el latido
Romper intenta su acerada cota.

Imágen del dolor sin esperanza,
Allí todas las noches se presenta,
Diciendo nuestra afrenta
Y llamándonos siempre á la venganza.
—Ya el frondoso laurel se ha deshojado
De España, mústio y seco:
Triste en ella tu voz ha resonado
Y ni áun devuelve de tu voz el éco.
Volcan oculto, que estallar procura,
Siempre en los pechos de sus hijos arde:
No la culpes de ingrata y de cobarde,
Que venció á su valor su desventura.

Su desventura, sí; que, poderosa,
Se armó de nuevos bríos
Y pobló, en un instante, generosa,

La mar con sus navíos.
Escuchando la voz de sus cañones,
De miedo, Gibraltar, te extremeciste,
Y en tus muros temiste
Ver flotar los castillos y lëones.
Á ceñir de laurel la noble frente,
Lidiando entónces, aprendió Gravina,
Lángara se mostró firme y potente,
Y Cadalso murió como valiente
Y hallaron otros héroes su rüina.
¡Prez y honor á los buenos!
Si les negó la suerte la victoria,
No les negó, á lo ménos,
No les pudo negar morir con gloria.

De ella, eclipsados los ardientes Soles,
Al pié de Gibraltar, en vano, en vano,
Más sangre se ha vertido de españoles
Que aguas lleva en su seno el Oceáno

. . . .

¡Coloso de granito,
Cáusa de nuestros duelos y sonrojos,
Gibraltar, Gibraltar, peñon maldito,
Yo quisiera abrasarte con los ojos,
Y que, después, el mar, que tiranizas,
Tragára turbulento tus cenizas!

Á CERVANTES.

En destemplado laud,
Que ronco suspira y gime,
Canto el martirio sublime
Del génio y de la virtud:
Yo alzo á tí, con inquietud,
Mi corazon temerario,
Y en pedestal solitario
Dice tu estátua sombría
Que el génio en la tierra impía
Tiene una Cruz y un Calvario.

Calvario, sí, que renueva
Una pasion que da asombros,
Cruz que no dobla los hombros
Porque el alma es quien la lleva:
Contra el génio que se eleva
La envidia traidora zumba,
Y sólo cuando sucumba
Le admirará el mundo entero,

Que, siempre, el laurel primero
Brota al borde de la tumba.

—Veloz por los aires gira
Estruendo de marcial pompa,
Y apaga guerrera trompa
El dulce son de la lira.
Cervantes, ardiendo en ira,
Batalla contra el infiel...
¡Fortuna adversa y crüel
Te siguió, con rigor tanto,
Que te hizo manco en Lepanto,
Cautivo triste en Argel!

Libre ya de las prisiones
Que limaron su existencia,
Dió á España su inteligencia
Un raudal de inspiraciones.
Rudas penas y aflicciones
No le dejaron un día...
¡Y Cervantes se reía
Cuando el mal era mayor...!
Y es que hay risa de dolor,
Como hay llanto de alegría.

Bajo tu risa hay quien note
Huellas, que no se borraron,

De lágrimas que rodaron
Por las hojas del QUIJOTE:
Aunque tu risa alborote,
Dice tambien tu quebranto...
Mas... ¿qué importa dolor tanto,
Si da el triunfo á que se aspira?
¡Las obras que el mundo admira
Se escriben con sangre y llanto!

—Ántes que el láuro divino
Corone la frente en calma,
Rotos pedazos del alma
Se dejan por el camino,
Librando contra el destino
Mil batallas desiguales...
¡Laurel, que, en ánsias mortales,
La frente á ceñir te aprestas,
Mucho vales, mucho cuestas,
Pero cuestas más que vales!

Ávido ruge el tormento,
Desnudo se alza el cuchillo,
Y lenguas de rojo brillo
Aviva en la hoguera el viento
Para ahogar el pensamiento,
El espíritu que crea...

Dios quiere que libre sea
Y en el universo mande;
Pero no hay pasion más grande
Que la pasion de la idea.

—Esas coronas mezquinas
Que al génio, oh mundo, dar sueles,
Por fuera son de laureles
Y por dentro son de espinas:
Tú, Cervantes, imaginas
Vencer tu enemiga suerte,
Y luchando llego á verte,
Cuando tus risas percibo,
Puesto ya un pié en el estribo,
Con las ánsias de la muerte.

Muerte feliz, deseada
Para acabar tu agonía,
Sol primero de alegría
No conocida ni hallada:
En la mísera morada
Te alumbró que miro aquí:
Yo vengo á esta casa, sí,
Donde áun vibra tu querella,
Á respirar lo que en ella
Habrá quedado de tí.

En esas lides sin gloria,
Pero terribles, gigantes,
Fué de Miguel de Cervantes
La más preciada victoria.
Hoy la Pátria á su memoria
Tributa un recuerdo fiel,
Y la imprenta y el pincel
Cantan su génio profundo,
Porque hoy España en el mundo
Vive, tan sólo, por él.

No con alegres canciones
Turbeis de su muerte el sueño:
Es el único halagüeño
Que adormeció sus dolores:
Dejad al prado las flores,
Y dadle flores del alma:
Respete su eterna calma
Vuestro orgulloso delirio...
¡Ya tiene la del martirio,
No necesita otra palma!

Madrid: Abril de 1872.

LA CARIDAD.

(Leida en un concierto público.)

¡Noble mision la de aliviar dolores;
Placer sublime y santo
El de alejar la pena y los temores,
Sembrar la dicha y enjugar el llanto!
Esa es vuestra mision.—En dulce vuelo,
La Caridad ardiente
Hoy ha dejado la mansion del cielo
Para posarse en la marchita frente
Que envolvió la miseria en negro velo,
Y entre vosotros virginal descuella:
Su acento es de ternura,
Melancólica y grave su hermosura,
Y celestial amor es toda ella.

¡Divina Caridad!—¿Quién no te adora,
Si das al alma la quietud perdida,
Si das consuelo al corazon que llora,

Si nunca, nunca, en vano,
Te invocó la desgracia desvalida
Y al contacto amoroso de tu mano
Renace la salud, brota la vida?

¿Quién no te adora, quién, si eres del mundo
La luz y la esperanza,
Si eres el Sol fecundo
Que vivos rayos á la tierra lanza?
Das á las flores matinal rocío,
Á la brisa la voz con que murmura,
Y lluvia de frescura
Das á los campos que abrasó el Estío.
Tú eres un árbol de frondosas ramas,
Árbol que presta dilatada sombra,
Eres la madre que á tus hijos amas
Y acudes siempre al que infeliz te nombra.

¡Oh santa Caridad! Hoy, á millares,
Del amor de Sevilla ves las prendas:
Ya miro tus altares
Al peso vacilar de las ofrendas.
Luce Sevilla su virtud preclara
En tan dichoso día:
¡Se acuerda todavía
De que es el suelo en que nació Mañara!

Hoy, por vosotros, el cansado aliento
El ser que gime con afan recobra,
Y dice un ángel, á través del viento:
¡Bendita vuestra obra!
—Hijas del Bétis, de la Pátria mía,
Envidia de las flores
Que abren sus hojas, respirando amores,
Al despuntar el día;
Nunca fuísteis tan bellas como ahora
Al conseguir de la virtud la palma:
Á la hermosura que la vista adora
Unís otra mejor, que es la del alma.

Á TOLEDO.

SONETO.

De rocas gigantescas al abrigo,
Ceñida por el Tajo turbulento,
Toledo alza la frente al firmamento
De su abandono y soledad testigo.

Deslices de Florinda y de Rodrigo
Miró el lugar en que mi planta siento,
Y en estos muros su pendon sangriento
Clavó triunfante el árabe enemigo.

De Alfonso, de Isabel y de Fernando,
De Cárlos quinto y de Cisneros brilla
Aquí la gloria que me está cegando:

Y allá del Tajo en la escarpada orilla
Surge una sombra *libertad* gritando...
¡Yo te saludo, oh sombra de Padilla!

Toledo: Marzo de 1872.

Á F. LUIS DE LEON.

(En su corona poética.)

Hoy, en mármoles y en bronces,
Letras que el tiempo no borra,
Escribe, al fin, Salamanca
De un ingénio la memoria.
En tan árdua y noble empresa
Ayúdale España toda,
Que es justo que honre una madre
Al hijo que le da honra.
Admírale el mundo entero,
No le admira España sola;
Cisne del Tajo le aclama
Y Horacio español le nombra.

¿Cómo podré, dignamente,
Cantar, en mi lira tosca,
Tu génio, que el mundo admira,
La virtud que lo acrisola?

Perdido entre las tinieblas
De la noche temerosa,
Hoy miro el Sol, cara á cara,
Y el Sol me deslumbra ahora:
Quiero cantar, y mis cantos
En la garganta se ahogan...
¡Para que el alma te cante
Ó inspírala, ó dame otra!

Soy junto á tí tan pequeño,
Que tu grandeza me asombra:
Perdona, cantor sublime,
Cantor sublime, perdona
Si á mi desmayada lira
No arranco sentidas notas.
Á sus hijos, que murieron,
España llore, en buen hora;
No á tí, que en el cielo ostentas
Rica y preciada auréola,
Y que, á través de los siglos,
Vives eterno en tus obras.

Envidia la noche oscura
La blanca luz de la aurora,
El arroyo envidia al río,
La margarita á la rosa:

Las torres más encumbradas
Son las que el rayo derroca.
Tú, los hierros quebrantando
Que el espíritu aprisionan,
Con la planta el mundo huellas,
Con la frente al cielo tocas,
Y el alma, tambien, te hirieron
Golpes de envidia traidora.

La envidia, la negra envidia,
En negra cárcel te arroja:
La maldad se ha embravecido
Y encrespa sus túrbias olas,
Olas que van á romperse
De tu inocencia en las rocas.
Tu frente, sin mancha alguna,
Con nuevo laurel se adorna...
¡Costoso laurel, que esmaltan
De sangre purpúreas gotas,
Que unida al génio va siempre
Del martirio la corona!

Tú, de la hermosa Florinda,
Aun más infeliz que hermosa,
De un rey, á quien las estrellas
Guardaron ventura corta,

Enardecido cantaste
La desdicha lastimosa.
Cantor fuiste del Eterno,
De la virtud seductora,
De la santa paz divina,
Que el espíritu ambiciona,
Y astro fuiste en Salamanca
De la ciencia bienhechora.

Esparce en nosotros, génio,
La inspiracion que te sobra:
Cantares mil á tu nombre
Repita España gozosa,
El monumento elevando
Que publique tu victoria.
Si temes que, al sustentarte,
Ese pedestal se rompa,
No temas, que tienes otro
En la nacion española,
Y si los dos son pequeños,
Otro mayor, que es tu gloria.

AL PASAR...

En tu divina frente se refleja
Pálida sombra que el sepulcro deja,
La sombra de mi amor,
Que recordando su pasada gloria
Murmura en tus oidos una historia,
Historia de dolor.

Nubes de melancólicos enojos
La luz ardiente de tus negros ojos
Oscureciendo van;
Y tu pecho estremece pena extraña,
Como estremece al lirio, en la montaña,
La voz del huracan.

Si pasas á mi lado, si te miro,
Se escapa de tu boca hondo suspiro
Y lo recojo yo;
Suspiro que penetra el alma mía,
Eco de una dulcísima armonía,
Que á resonar volvió.

Contemplo en tu mejilla seductora
El surco de una lágrima traidora
Diciendo tu pesar;
Y amarga es de tus lábios la sonrisa
Como el lánguido soplo de una brisa
Que atravesó la mar.

Mústias, y sin perfumes ni colores,
He visto aquellas encendidas flores,
Adorno de tu sien:
Los vientos que sus galas marchitaron
Las flores más lozanas deshojaron
De nuestro amor, tambien!

¡Cuántas veces mi mano, en noche ansiada,
Ha oprimido la tuya delicada
De fuego y de jazmin,
Y de tu boca el perfumado ambiente
Resbaló más callado por mi frente
Que el áura de un jardin!

¡Cuántas veces, al rayo de la Luna,
Se confundieron, trémulas, en una
Las almas de los dos,
Y de las horas sin sentir el vuelo
Era la tierra, entónces, nuestro cielo,
Nuestro testigo Dios!

¿Qué importa al Sol morir, si cada día
Vuelve á inundar de luz y de alegría
El mundo, al renacer?
¡Si el Sol de los amores así fuera,
Si así mi encanto, mi ilusion primera
Mirára yo volver!

Pero... ¿qué digo?—Nó; nunca mi alma
Vuelva á cambiar su venturosa calma
Por tu mísero amor;
Pues fué, cuando arrastraba su cadena,
Siendo tú la culpada, mía la pena:
¡Mira qué triste error!

Fué de tu orgullo la ilusion mentida,
Te deslumbró falaz, y arrepentida
Ahora vuelves á mí.
Huye, sirena pérfida, huye, luego,
Que se ha extinguido del volcan el fuego,
Pues ya te conocí.

No pienses que á la luz de tus miradas
De aquel infáusto amor las apagadas
Cenizas arderan:
No busques el lugar que las encierra:
Las ha esparcido el viento por la tierra...
¿Quién sabe donde estan?

Pájaros de la campiña;
No deis más trinos al viento,
No se despierte la niña!

II.

Se escapa un tierno suspiro
De su boca embalsamada,
Y el éco, en lánguido giro,
Lo repite en la enramada.
Ya de su sueño se aleja
La imágen que sonreía,
Y en su frente se refleja
Nube de melancolía.
En sueños se va inflamando
La llama de sus pasiones,
Y va en un sueño mirando
Marchitas sus ilusiones.
La niña que así delíra,
Mientras que dormida está,
Y que soñando suspira,
Decidme... ¿qué soñará?
¡Pájaros, que, en tal momento,
Guardais silencio de muerte,
Dad vuestros trinos al viento,
Cantad, y que se despierte!

III.

Miradla: sigue durmiendo
Y sigue, á la par, soñando;
Mas no sueña sonriendo,
No suspira: está llorando.
Cual si romperlo quisiera,
El pecho á oprimir se atreve
Su mano convulsa y fiera,
Que es envidia de la nieve.
¡Despierta...! Pero, nó, nó,
Que á la luz del desengaño
Despertarás, como yo
Desperté, para mi daño.
¡Ah! La niña seductora
Que tanto misterio encierra,
Sonríe, suspira y llora,
Sueña que vive en la tierra.
No despiertes: con empeño,
Sigue así, sigue dormida:
Tú ves la vida en el sueño,
Y nó el sueño de la vida.

Á PLÁCIDO.

SONETO.

De un frondoso laurel, que el viento azota
Y coronar tus sienes ofrecía,
La dulce lira que pulsaste un día
Pende enlutada y silenciosa y rota.

Hirió el espacio, con sublime nota,
Al borde mismo de la tumba fría
Y enmudeció el torrente de armonía,
Ya evaporada la postrera gota.

Al fiero impulso del destino ciego,
Tu gloria en un cadalso se convierte
Que tu vertida sangre regó, luego.

Grande tu ánimo fué, poca tu suerte,
Tu génio sin igual, tu alma de fuego,
Tu cántico mejor un ay de muerte.

LOS MENSAJEROS.

(FANTASIA.)

I.

Volad, suspiros del alma,
Á quienes yo tanto envidio:
Cruzad las ásperas sierras,
Cruzad los bosques sombríos,
Y detened vuestro vuelo
En llegando á un pueblecito
Que, entre las flores del campo,
Duerme feliz y escondido.
Buscad una casa humilde,
Junto á la orilla de un río,
Y en ella una hermosa niña,
Dulce iman de mis sentidos,
De negros, árabes ojos,
Que al Sol robaron su brillo:
Besad sus negros cabellos,
Besadlos, y en sus oidos,

Con acento de ternura,
Murmurad el nombre mío.

Ya volvísteis, ya volvísteis...
¡Que despacio habeis venido!
Lo que sepais, mensajeros,
Decidlo, pronto, decidlo.

—La vírgen de tus amores,
Como paloma en su nido,
Reposaba en casto lecho,
Cuando nosotros la vimos.
Durmiendo estaba y soñando,
Soñando, tal vez, contigo,
Porque una tierna sonrisa
De indefinible atractivo
Vagaba por los claveles
De sus lábios encendidos.
Murmuramos con dulzura
Tu nombre, y al punto mismo
Su corazon inocente
Apresuró sus latidos,
Su bello rostro tiñóse
En carmin súbito y vivo,
Y, entre sueños, repetía:
Decidle que no le olvido.

II.

Volad, mensajeros ráudos,
Á quienes yo tanto envidio,
Y detened vuestro vuelo
En viendo aquel pueblecito,
Que, entre las flores del campo,
Duerme feliz y escondido.
Buscad á la niña hermosa,
Que es dueño de mi albedrío,
La de árabes, negros ojos,
Que al Sol robaron su brillo,
La de los negros cabellos,
Y contadle mi martirio.
Decidle que al de la muerte
Su silencio es parecido,
Que entre el silencio y la ausencia
Yo no sé ya cómo vivo.

Ya volvísteis, ya volvísteis...
¡Que de prisa habeis venido!
Lo que sepais, mensajeros,
Decidlo, pronto, decidlo.

—La vírgen de tus amores
Estaba, cuando la vimos,

En un féretro enlutado
Que alumbraban cuatro cirios.
Entre sus negros cabellos
Mostrábase inmóvil, frío,
Más pálido que la cera
Aquel semblante divino.
Tenía en la diestra inerte
Un ramo de secos lirios,
De rosas, ya sin perfumes,
Y pensamientos marchitos.
Una sonrisa guardaban
Sus lábios descoloridos,
Y, cuando en ellos nosotros
Dejamos un beso tibio,
Se entreabrieron, murmurando:
Decidle que no le olvido.

HIMNO Á POLONIA.

(Guerra de 1863.)

¡Oh Polonia infeliz! ¡Tierra oprimida
Por el yugo ominoso de un tirano,
Levanta ya la frente envilecida
Y empuñe el hierro tu cansada mano!

—¡Basta de servidumbre!—sea el acento
Que el vil rumor de las cadenas rompa:
—¡Basta de servidumbre!—diga al viento,
En las montañas, la guerrera trompa.

El Vístula, que ráudo precipita
Al Mar Negro su férvida corriente,
El grito patriótico repita
Del ancho mundo á la asombrada gente.

Mas, ay, Polonia, de tus tristes hijos,
¿No quebrantó el valor la suerte impía?
¿Tus desastres sangrientos y prolijos
No abatieron su indómita osadía?

¿Encenderá sus fuertes corazones
De santa libertad el nombre augusto,
Y romperan los férreos eslabones
Con que los ata usurpador injusto?

¡Descendientes de Craco! ¿Por ventura,
Murió el valor en vuestros nobles pechos,
Y preferís la esclavitud oscura
Y nó imitar sus varoniles hechos?

¿No turban vuestro sueño las cadenas
Que á vuestras manos ciñe el Moscovita?
¿De la Pátria el espectro, con sus penas,
Á la venganza el corazon no incita?

¿Siempre esclavos sereis del ambicioso
Déspota que la Rusia enseñorea?
¿Sumerjidos en sueño vergonzoso
No acudireis jamás á la pelea?

¿No conservais grabada en la memoria,
Aunque en Polonia el extranjero mande,
La sin igual, inmarcesible gloria
De Craco y Vanda y Casimiro el grande?

Ceñida de laurel la noble frente,
¿No veis de Macieiswice en la llanura

Levantarse la sombra del Valiente,
Que ni áun halló en su Pátria sepultura?

¿De Tadeo Kosciusko, que os invoca
Y vibra airada el fulminante acero,
Y á batallar parece que os provoca
Contra las huestes del eslavo fiero?

Sí: que, agotada ya del sufrimiento
Y de la amarga hiel la infáusta copa,
Al combate volais rudo y sangriento
Causando admiracion á toda Europa.

Sí: ya, de Plok en la llanura extensa,
Con sangre de enemigos batallones,
De largos años la desdicha inmensa
Vengaron vuestros fuertes campeones.

¡Del tronante cañon al fiero arrullo
Sacudid el letargo que os embarga!
¡Quebrantad del autócrata el orgullo!
¡Sea vuestra servidumbre ménos larga!

¡Mostrad que es renacer, ó verdadero
Y triste fin, escándalo del mundo,
Aquel *Finis Poloniæ* lastimero
Que pronunció Kosciusko moribundo!

AL POETA

DON JOSÉ ZORRILLA

(EN SU VUELTA Á ESPAÑA: 1866.)

En arrebatado son
Se escapa el acento rudo
De mi ardiente admiracion...
¡Poeta, yo te saludo
Con todo mi corazon!

Mi humilde nombre en tu oido
No habrá sonado ni un día;
Yo soy pájaro escondido,
Que canta, en noche sombría,
En su solitario nido.

Mas al que supo elevar
Su nombre hasta el mismo Sol,
Le es imposible extrañar
Que en cada pecho español
Tenga su nombre un altar.

Arrulláronme en la cuna
Los cantares de tu lira,
Más dulces que voz alguna
Para el alma que suspira,
En la tierra, sin fortuna.

Cantares son que han nacido
En tu pecho lastimado,
Y parecen el gemido
De algun ángel desterrado
Que llora su eden perdido.

—Para olvidar los pesares
Que, sin compasion, te hirieron,
Cruzaste los anchos mares,
Y tambien se adormecieron
Al compás de tus cantares.

No vuelvas, de nuevo, al mar,
Que tu pérdida me espanta:
La Pátria la ha de llorar:
No vuelvas, y canta, canta,
Mientras que puedas cantar.

Que, al cruzar las olas fieras
De los mares conmovidos,
De tus voces hechiceras

Se perderan los sonidos
En las playas extranjeras.

—Hoy, que á saludarte llego,
Perdona, ilustre poeta,
Si con el alma te ruego
Que des á mi mente inquieta
Tu inspiracion y tu fuego:

Y, entónces, en mi cancion
Podré, sin acento rudo,
Decirte mi admiracion;
Pero, en tanto, te saludo
Con todo mi corazon.

ENDECHAS.

Mi tórtola inocente y sin fortuna,
Errante peregrina
Que tuvo libre y cimbreadora cuna
En los bosques del África vecina,
No de su Pátria por el Sol radiante,
No por sus bosques y enramadas gime:
La soledad la oprime,
Suspira por su amante,
Y el áura, en blando giro,
Repite el éco de su fiel suspiro.

En ternísima queja enamorada,
Arrullando más triste que solía,
Pregunta por su amada,
Pregunta por su dulce compañía.
—No pienses, nó, que al solitario nido
Ella tendió las vacilantes álas,
No pienses que en su oido
Resuena el ay que en tu amargura exhalas,

Nó: que has de ver, en hondo desconsuelo,
Nublado siempre de tu amor el cielo.

Vendrá la Primavera
De flores con su mágica guirnalda,
Y vestirá los campos de esmeralda;
Pero no ha de venir tu compañera.
Vendrá, luego, el Estío
Y con él tus amigas... Vendran todas,
Y en las húmedas márgenes del río
Cantarán sus amores y sus bodas:
No te lastime lo que en verlas tardas,
Porque no ha de venir la que tú aguardas.
No en plácido saludo
Te contará sus dichas y dolores,
Ya nó; ya está vïudo
El tálamo gentil de tus amores.

Yo, nunca, nunca en el espacio veo
El Iris de la dicha y de la calma,
Ni escucho un éco, que escuchar deseo,
De las áuras envuelto en el murmullo...
¡Los ayes de mi alma
Son, mil veces, más tristes que tu arrullo!

Tú, al ménos, tortolilla, tú no ignoras,
Para aliviar la pena que te mata,

Que no olvidó tus gracias seductoras,
Que á tu amorosa fé no ha sido ingrata.
No lances á los vientos
Gemidos de dolor contra tu suerte:
Acalla tus lamentos:
Su olvido es el olvido de la muerte.

En mi dolor profundo,
Doy al viento mi queja lastimera
Y voy errante, por el ancho mundo,
Sin nido que adorar, sin compañera.
Y cuando pienso que olvidado he sido,
Y que la ingrata mi dolor no advierte,
Quisiera que su olvido
Tambien fuese el olvido de la muerte.

1867.

EN GRANADA.

Granada, yo te soñé
Bellísima, explendorosa,
Las veces que en tí pensé;
Pero nunca tan hermosa
Como eres te imaginé.

El Darro es ceñidor leve
Que tu belleza engalana,
Y abraza tu talle breve;
Y eres ardiente sultana
Bañándote en blanca nieve.

Miro absorto, con empeño,
De tu Alhambra la belleza;
Es el alcázar de un sueño,
Y dentro de tal grandeza
Me he sentido muy pequeño.

Aquí recuerdo tu gloria,
Pienso en tus Abencerrajes,
Y me llenan la memoria
Los trágicos personajes
De tu fantástica historia.

Boabdil, lloraste aquel día
En que tu ciudad amada
De tu dominio salía;
No te culpo, que Granada
Eterno llanto valía.

Granada, ciudad sin par,
Ya he podido conocer
Que, tu belleza al mirar,
Faltan ojos para ver,
Corazon con que admirar.

Granada: Junio de 1874.

ATILA.

(FRAGMENTOS ÉPICOS.)

I.

Se alzó el guerrero tártaro: humillada,
Llora su esclavitud el Ásia ardiente,
Y el Tártaro una sed, nunca saciada,
De nuevos láuros y victorias siente.
Vibró desnuda la sangrienta espada,
Señaló con su mano el Occidente,
Y exclamó con un júbilo profundo:
—«¡Venid, hunnos, venid! ¡Nuestro es el mundo!

»El bosque silencioso es nuestra tienda,
»La silla del caballo es nuestro lecho:
»Hijos de las montañas, que se encienda
»El valor más heróico en vuestro pecho,
»Y hasta los campos gálatas se extienda
»Este horizonte limitado, estrecho,
»Y el Occidente, que teneis delante,
»Llore su oprobio, nuestro triunfo cante.

»Hunnos, venid.—Estériles y oscuras
»Las selvas son de nuestro pátrio suelo;
»Italia tiene fértiles llanuras,
»Ricos jardines y encantado cielo.
»Vestid ya las guerreras armaduras,
»Dejad las cumbres de perpétuo hielo:
»Venid, hunnos, venid. ¡Tiemble la tierra
»Á la voz de los hijos de la guerra!

»El wisigodo, el franco y el germano
»De sus cumbres, tambien, han descendido,
»Y al fiero impulso de su fuerte mano
»El mundo de terror se ha estremecido.
»Pero mirad: la espada del romano,
»Al fin, sobre sus cuellos ha caido,
»Y en dorado y humilde cautiverio
»Son las columnas del antiguo Imperio.

»Roma no es Roma ya: cayó su gloria
»En padron infamante convertida:
»Vive de los recuerdos de su historia
»Que, entre deleites, el romano olvida.
»El dios de la venganza y la victoria
»Con triunfos y laureles nos convida...
»¡Suene el guerrero cántico siniestro!
»¡Soy Atila; venid! ¡El mundo es nuestro!»

Dice, y el canto de batalla impío
Del Hunno audaz entre los aires truena:
Lo oyó el Danubio: el venerable río
Murmura «Atila» con extraña pena:
Calló el Danubio, y en el Rhin sombrío
De «Atila» el nombre aterrador resuena,
Y el Tíber, sus gemidos escuchando,
«Atila, Atila» repitió, temblando.

—Como ráudo torrente, que, rompiendo
La antigua cárcel, irritado brama
Y con terrible y pavoroso estruendo
Al sosegado valle se derrama,
Las alegres campiñas destruyendo;
Como huracan de abrasadora llama,
El hunno altivo, que en furor se enciende,
De sus cumbres altísimas desciende.

El noble pecho de ambicion armado,
La mano armada de incendiaria tea,
Camina por el mundo desolado
Y en la sangre y la muerte se recrea.
No hay pueblo que animoso y esforzado
Límite ó valla de su furia sea:
Más cruel que Alarico el wisigodo,
Todo lo arrasa, lo destruye todo.

—Esa Italia, que al Tártaro desprecia,
¿De dónde espera que el consuelo brote?
Ya escuchan Macedonia, Iliria y Grecia
De sus caballos el furioso trote.
Llegaron ya: la tempestad arrecia,
Sufren de Atila el formidable azote,
Y la espada y el fuego sus ciudades
Tornan, después, en vastas soledades.

Atila el hierro fulminante esgrime
Y en la Panonia sus rigores vierte,
Y la Tesalia devastada gime,
Y Tracia se lamenta de su suerte:
Al ostrogodo subyugado oprime,
Y el pueblo que se salva de la muerte,
Grita, huyendo, espantado:—«¡Atila, Atila,
»El azote de Dios, nos aniquila!

»En donde deja su corcel la huella
»Nunca la yerba, que pisára, brota:
»El mundo se estremece, cae la estrella,
»Y su estandarte en el Danubio flota:
»Nómbrale el mundo, en su infeliz querella,
»De Dios azote, porque al mundo azota...
»Sacude, Italia, tu mortal desmayo,
»Y vibra, vibra de venganza el rayo.»—

II.

¡Mísera Italia!—Á concitar no acierta
El águila imperial guerreros fieles:
Trémula y vacilante, se despierta,
Como Anníbal en Cápua, sin laureles,
Cobarde el corazon, la mano yerta,
Al rumor de los tártaros corceles,
Y, ya olvidado del valor latino,
Quéjase el pueblo-rey de su destino.

¡Oh Roma, oh Roma! ¿En tan infáusto día
Tu fama antigua y tu explendor abates?
Recuerda que tu imperio se extendía
Del Atlántico mar hasta el Eufrátes.
Desnuda, pués, la espada que lucía
Terrible y vencedora en los combates...
¡Álzate, Roma, y á su pátria selva
El hunno roto y dispersado vuelva!

¿No tienes un guerrero que sacuda
El ócio que te embarga y el regalo,
Y al hunno venza en la batalla ruda,
Como venció Camilo al pueblo galo?
No hay un guerrero que á salvarte acuda:
Se acerca tu ruina: el pueblo itálo

Glorias amontonó, con tanto exceso,
Que hoy sucumbe oprimido por su peso.

Se acerca el día de su fin aciago:
No hay guerreros en él, no hay Scipiones
Que en Etruria, en Iberia y en Cartago
Lleven á la victoria sus legiones.
Rendido del placer al dulce halago
El pueblo que humilló tantas naciones,
Mira con pasmo, con sorpresa rara,
La esclavitud que Atila le prepara.

En el sólio el tercer Valentiniano,
Débil, sin brío, sin valor, se ostenta
En juventud lozana: al golpe insano
De los feroces hunnos se amedrenta:
Gime con él Placidia: en vano, en vano,
La horrenda plaga resistir intenta,
Y encubre el triste César sin ventura
Con el purpúreo manto su amargura.

—«Madre,—dice á Placidia el desdichado,
Llanto vertiendo que su rostro quema,—
»Dime, madre del alma, ¿habrá sonado
»De mi Imperio infeliz la hora suprema?
»¿Será el manto, que ciño, desgarrado,
»Rota en mi frente la imperial diadema,

»Y, cumplida del Hunno la amenaza,
»Tal vez, conmigo acabará mi raza?

»¡Ay! ¿Por qué duelo tal, y tal quebranto,
»Me reservó el destino?... ¡Oh, madre mía!
»Deja que salga mi copioso llanto
»Y que él alivie mi desdicha impía.
»Llora conmigo: en desconsuelo tanto,
»Al pié de los altares, noche y día,
»En balde ruego á Dios, que Dios no quiere
»Salvar á Italia, que en mis manos muere.

»Nó, no lo quiere, y se acercó la hora
»En que el Imperio itálico sucumba,
»Al golpe de la saña asoladora
»Que del Ásia abrasada se derrumba.
»Mírala, madre: inmensa, aterradora,
»Abierta del Imperio está la tumba:
»En ella va á caer, y acaso, acaso,
»Sólo, para caer, le falta un paso.»—

De pena y susto y de terrores lleno
Así exclamó Valentiniano, y calla,
Y de su madre en el amante seno
Alivio grato á sus congojas halla:
Conmovido su rostro, ántes sereno,
Tambien Placidia en lágrimas estalla,

Y, el alma ardiendo en maternal cariño,
Así responde al angustiado niño:

—«Alza la frente, César: no, cobarde,
»Suspires, hijo, en afliccion tan honda;
»Concita á tus guerreros, áun no es tarde,
»Y al hierro con el hierro se responda.
»No de esas tríbus al temido alarde
»Nuestra bandera con pavor se esconda:
»Para domar su orgullo, que desprecio,
»Aún existe un romano, existe Aecio.

»Cultiva Aecio la virtud severa
»De Caton el Censor: en él no cabe
»La cortesana adulacion rastrera
»Que no hay crímen ni infamia que no alabe:
»Su espada es rayo que surcó la esfera;
»Le adora el pueblo que su esfuerzo sabe:
»Egregio es su linaje y soberano;
»Llámale el pueblo *el último romano*.

»El único es, tal vez, que, todavía,
»No rinde culto en el altar del vicio,
»Que en él no degenera ni se enfría
»La sangre generosa del patricio.
»Si contra el hunno á tus guerreros guía,
»El triunfo, siempre, nos será propicio:

»Alza la frente, César, que, aún, el cielo
»Permite á tu dolor este consuelo.»—

Así á Valentiniano aliento presta
La que fué esposa de Ataulfo, y, triste,
Viendo del hijo la inquietud funesta,
Con sus razones y su amor le asiste.
Llora Valentiniano, y no contesta
Porque la voz al lábio se resiste,
Pero, su llanto, al fin, dice elocuente,
Más que la voz, lo que su pecho siente.

Penetra Aecio en la imperial morada
Y el quebranto del César le lastima,
Y viendo su inaccion, con voz airada,
Su temeroso espíritu reanima.
—«Perezca—dice—quien la tersa espada
»En el combate, con valor, no esgrima,
»Y si en él no alcanzamos la victoria,
»Moriremos lidiando... ¿Qué más gloria?

»El pueblo, que se mira desarmado,
»El aire asorda con sus vanas quejas,
»Y olvida que los hierros del arado,
»Los hierros que guarnecen nuestras rejas,
»Son armas en la mano del soldado.
»¿Por qué tus pueblos al arbitrio dejas

»De ese Atila feroz...? Noble y guerrero
»Preséntate á la faz del mundo entero.

»Yo gritaré: Romanos, ¿por ventura,
»Aceptareis del Hunno las cadenas,
»El pecho herido de mortal pavura,
»Llorando en el silencio vuestras penas,
»Ó buscareis indigna sepultura
»De ignorado desierto en las arenas,
»Al ver de Atila el tremebundo sólio
»Alzado en la ciudad del Capitólio?

»Si el *azote de Dios* os intimida
»Y á combatir no alzais el brazo inerte,
»Al yugo inícuo la cerviz rendida,
»Tambien, tambien, encontrareis la muerte.
»¿Tanto apreciais la vida...? ¿Y qué es la vida,
»Para el varon esclarecido y fuerte,
»En negra esclavitud? Ninguno llame
»Vida á la vida que se arrastra infame.

»Y ellos oirán mi voz, y desnudando
»El fiel acero que la paz empaña,
»De Roma las victorias recordando,
»Con nunca vista, inolvidable hazaña
»Al Tártaro venciendo y humillando,
»Saldran, al fin, de su abyeccion extraña:

»Volverá á ser tu Imperio lo que ha sido,
»Que el romano valor no se ha extinguido.»—

Dijo, y el César, que su voz atiende,
El llanto enjuga y al guerrero mira;
En pátrio fuego el corazon enciende,
No se queja abatido ni suspira;
Y—«Aecio,—dice—si tu ardor pretende
»Muro poner del Tártaro á la ira,
»Llama, llama mi hueste á la pelea:
»Sepulcro Italia de los hunnos sea.»—

III.

Atila, en tanto, del Danubio undoso
La risueñas orillas abandona,
Y penetra en Germania, codicioso
De ceñir á su sien nueva corona.
Resístele el germano valeroso;
Pero, ay, Atila triunfador entona
En la Germania el victorioso canto
Que resuena en la Gália con espanto.

Como la lumbre que precede al trueno,
Ya, ya en la Gália su estandarte asoma:
Subyuga al franco de valor ageno,
Tambien al Galo atemoriza y doma;

Que aquella espada, que vibrára Breno
Sobre la frente de la altiva Roma,
No la maneja un pueblo envilecido
Que la gloria de Breno dió al olvido.

Tendió el Soberbio la feroz mirada
Por la extension de la anchurosa tierra,
Y la miró á sus piés. Limpió la espada,
Tinta en la sangre que vertió en la guerra,
De destruccion y muerte áun no cansada,
Que al mundo entero vigorosa aterra,
Y exclamó con un júbilo siniestro:
—«¡Mis hunnos, reposad: ya el mundo es nuestro!»—

Sí, sí, reposa; que el clamor ardiente
Del mundo triste, que tu planta huella,
Sube, sube hasta Dios, y Dios clemente
Acudirá del mundo á la querella.
El rayo bajará sobre tu frente,
Y, oscurecida tu gigante estrella,
Los campos cataláunicos un día
Mirarán de tu gloria la agonía.

¿No ves que ya la suerte te abandona,
Y, al golpe airado que del cielo viene,
Rodará por el suelo tu corona
Y caerá el pedestal que te sostiene;

Que el cielo tu soberbia no perdona
Y el paso de tus triunfos ya detiene,
Y ese mundo, que oprimes con tu planta,
Á sacudir tu yugo se levanta?

Míralo, pués.—El franco y el romano
Del corazon destierran torpe miedo:
El wisigodo, con robusta mano,
Blande la espada que templó Toledo:
En sus tupidas selvas el germano
Siéntese arder en bélico denuedo:
Como terrible, asolador torrente,
Contra tí va á lanzarse el Occidente.

Oye Atila el clamor que por la esfera,
Cual presagio funesto, se dilata,
Y deja la molicie lisongera
Que el valor y la gloria le arrebata.
La soberbia feroz que en su alma impera
En su convulso rostro se retrata,
Y rompe el aire, resonando fiero,
El ronco acento del clarin guerrero.

El aire rompe: al bélico sonido
Los hunnos abandonan sus cabañas,
Montan en el caballo más querido,
Veloz como huracan de las montañas:

El hierro esgrimen, que su orgullo ha sido,
Y ardiendo en iras, despidiendo sañas,
Junto á Chalons, en apretada fila,
Llega la hueste del terrible Atila.

Allí está Aecio.—El águila romana
Vuelve á tender el abatido vuelo,
Y fija su mirada soberana
En la victoria que le ofrece el cielo.
El godo, de fiereza sobrehumana,
Sigue al romano con ardiente anhelo,
Y el hijo de Germania, que no ceja,
Viste las armas y el arado deja.

¡Todos allí!—Vibrando hórrida tea,
Blandiendo la segur con mano airada,
Por los tranquilos campos se pasea
La horrible destruccion ensangrentada.
Suena, al fin, la señal de la pelea,
Por hunnos y romanos esperada,
Y de las armas al chocar violento
Conmovióse la tierra en su cimiento.

¡Horrible confusion! Al golpe rudo
Rómpese el hierro y en pedazos salta:
Pártese en dos el tresdoblado escudo
Y á la defensa de los pechos falta:

Pisa el caballo, con rigor sañudo,
La verde yerba, que la sangre esmalta,
Y espesa, luego, por los aires sube
De agudas flechas tembladora nube.

¡Ay de los godos!—El tremendo Atila,
En su caballo tártaro, se lanza
Al godo desdichado, y le aniquila,
Y como el rayo en el combate avanza:
Sangre su espada, sin cesar, destila,
Sedienta de exterminio y de matanza,
Y al godo, al franco y al romano admira
La lujuria de sangre que respira.

Torna el guerrero, y á sus hunnos halla
Desfallecidos, sin vigor ni alientos:
En noble indignacion su pecho estalla
Y á la faz les arroja estos acentos:
—«Hijos somos del dios de la batalla,
»Hijos nuestros caballos de los vientos,
»El mundo lleno está de nuestra gloria,
»¿Y el Marne dejarémos sin victoria?

»Aquel á quien preserve su destino
»No ha de morir herido por la flecha,
»Y entre las copas de espumoso vino
»Morirá aquel á quien la muerte acecha.

»Abierto de la gloria está el camino:
»Ved esa multitud: será deshecha
»Si fulminais los hierros matadores,
»Y cantarán, después, los trovadores:

«Nosotros combatimos con la espada:
»Las aves de rapiña se alegraron,
»Y en la extensa llanura desolada
»El festin de los muertos celebraron:
»Por nosotros la tierra ha sido hollada
»Y las hermosas vírgenes lloraron:
»Las horas de la vida van huyendo:
»Esperemos la muerte sonriendo.

«Venid, y vencereis.»—Dice, y agita
El hierro duro en púrpura teñido,
Y en su noble corcel se precipita
Adonde está el combate más reñido.
El hunno, entónces, animoso grita,
Y las armas blandiendo enardecido
Siembra la destruccion por donde pasa;
Viento es de fuego que, al soplar, abrasa.

¡Oh, qué inutil valor!—En vano, en vano,
El hunno se ensangrienta valeroso:
La espada allí del *último romano*
Es un muro invencible y poderoso:

Allí combate férvido el germano,
El wisigodo fuerte y generoso;
Y el hunno altivo, que vencer espera,
Halla sólo la muerte donde quiera.

¡Allí vá Atila, allí!—Génio sombrío,
Génio exterminador, ardiendo en ira,
Muestra al romano su incansable brío
Y nunca del combate se retira:
Ráfaga ardiente de huracan bravío,
Entre las haces descompuestas gira,
Y al golpe de su saña abrumadora
Muerto su rey el wisigodo llora.

Llega la noche: desde el alto cielo
La luz que vierte la apacible Luna
Refleja melancólica en el suelo
Que la sangre volvió roja laguna:
El hunno, con amargo desconsuelo,
Se queja del rigor de su fortuna,
Y en la tienda al reposo preparada
Se oculta con la frente avergonzada.

Atila gime, entre sus manos rota
La espada como el rayo no fulgura,
Y de sus ojos encendidos brota
El llanto del despecho y la amargura.

¡Atila gime!—Con el pomo azota
El hierro de su bélica armadura,
Y maldiciones, sin cesar, derrama
Sobre Chalons, sepulcro de su fama.

Á la trémula luz de las estrellas,
Canta, así, su infortunio el desdichado:
—«Saldran á recibirme las doncellas
»Y á preguntarme por el dueño amado.
»Han muerto, les diré; y, entónces, ellas
»Maldeciran el luto que he sembrado,
»Y dejará mi pueblo la llanura
»Y volverá á habitar la selva oscura.»—

¡Atila gime!—Su soberbia impía
Derrocada cayó: su ánimo fuerte,
Antes que ser vencido, prefería
Laurel eterno de gloriosa muerte.
¡Ay, ya no espera que la luz del día
El valor de sus tártaros despierte:
Aquellos ojos en que audaz brillaba
Duermen un sueño que jamás se acaba!

Viene la aurora; y, cual leon herido,
Mira el Hunno su ejército deshecho;
El campo de Chalons enrojecido,
Que ya le sirve de perpétuo lecho,

El Marne que murmura embravecido,
No tanto cual la furia de su pecho,
Y su antiguo estandarte desgarrado
Entre negras rüinas levantado...

IV.

Se alza Atila, otra vez.—Su resistencia
Llora Pádua infeliz: Verona triste
Lamenta su abandono y su impotencia:
Milan, en vano, con valor resiste;
Ceden los altos muros de Vicencia,
De Bérgamo y de Altino... ¡Ya venciste,
Y al mundo entero, que tu espada asombra,
Cubres de tu bandera con la sombra!

Jamás te pudo herir flecha enemiga,
Ni el peso te rindió de la armadura,
Ni la soberbia que tu pecho abriga
Al golpe se postró de suerte dura;
Y hoy languideces ya, que hoy te fatiga
La paz que la victoria te procura,
Y en el tálamo mismo de tus bodas
Da fin la muerte á tus venturas todas.

Ya el alto Capitólio no refleja
El brillo tembloroso de tu espada;

Ya tu caballo tártaro no deja
La yerba en las campiñas marchitada;
Ya á los bosques asiáticos se aleja
Abatida tu hueste y enlutada,
Temiendo que el romano la cautive,
Que, tú muerto, ya Roma alienta y vive.

No mucho vivirás, Roma: á tu vida
El término infeliz señala el cielo:
Desde tu vieja frente envilecida
La corona imperial rodará al suelo:
El instante llegó de tu caida:
Llora, pués, en eterno desconsuelo,
Al ver que huella el Capitólio sacro
La planta audaz del hérulo Odoacro.

LA CIUDAD IMPURA.

(POESÍA BÍBLICA.)

. . . Dominus pluit super Sodomam et Gomorrham sulphur et ignem...

(Génesis.)

Porque el Señor su espíritu maldijo,
Vió sangrientas sus calles anchurosas,
Segar la espada el cuello de su hijo,
Desfloradas sus vírgenes hermosas.

Sobre ella de lo alto llovió fuego,
Y de su gloria el protector querube
Tendió las alas vacilantes, luego,
Velado el rostro en vaporosa nube.

La ciudad dijo así:—«Dejad que estalle
»El dolor en mi pecho comprimido.

»¡Señor, Señor; los ecos de este valle
»Doliente escuchan mi postrer gemido!

»¿Y mi hermana, Señor; qué es de mi hermana?
»Mas, ay, que oigo tu voz triste y severa,
»Diciendo: «Corrompida cortesana,
»No me preguntes por la infiel ramera.»

»Es verdad, delinquió: ya no respira...
»Yo perezco tambien. ¿Cómo ninguno
»Me tiene compasion..? ¡Ay! ¿De tu ira
»Cuántos, dime, salvaste?—Sólo uno.—

»¡Uno no más! En mi dolor impío,
»Ni esperanza tu enojo me reserva:
»Se hundieron mi grandeza y poderío...
»¡Yo, que señora fuí, mírome sierva!

»¡Piedad, Señor, piedad de mi hermosura,
»No me dejes morir en tanto duelo!
»¡Que por mi larga vida de locura
»Pierda la vida eterna de tu cielo!

»Ayer ciñeron mi flexible talle
»Púrpuras del color más encendido,
»Y ahora, Señor, los ecos de este valle
»Doliente escuchan mi postrer gemido.

»Mientras el río su caudal dilata,
»Mientras airado el ábrego no zumba,
»Vierte la Luna su raudal de plata
»Sobre el abierto hueco de una tumba.

»Esa tumba, Señor, hoy me destinas...»—
No dijo más, y con dolor profundo
Vagó en la soledad de las rüinas
El estertor de un pueblo moribundo.

Barcelona: Setiembre de 1864.

Á ELLA.

Eres bella, eres hermosa,
Como en el mundo no hay dos,
Gentil como fresca rosa,
De tez morena y graciosa
Como la madre de Dios.

Tus negros ojos miraron
El Sol del cielo andaluz,
Y absortos lo contemplaron,
Y, al mirarlo, le robaron
Todo el brillo de su luz.

Tu frente es mansion de paz,
Tus lábios son un capullo
Que besa el áura fugaz,
Y tu acento es el arrullo
De la paloma torcaz.

En tus mejillas las flores
Estamparon su belleza,
Mostrando con sus colores
El candor de la pureza
Y el fuego de los amores.

Tú eres la dulce ilusion
Por quien suspira y se inquieta
En el pecho el corazon;
Tú la celestial vision
De los sueños del poeta.

Yo pienso, mi bien, que tarda
En despertar tu cariño,
Que desespera el que aguarda:
Pienso en tí, cual piensa el niño
En el ángel de su guarda.

El alma y el pensamiento
En tu encanto se recrean,
Y no tengo sentimiento,
Ni voluntad, ni un acento,
Que ya para tí no sean.

Si léjos de tí suspiro,
Al punto mirarte creo,
Porque finge mi deseo

Que donde quiera te miro,
Que en todas partes te veo.

Y es que nunca se separa
De mi corazon, que es fiel
Y que ser tuyo declara,
Un retrato que hay en él
De tu bellísima cara.

Como nunca le desvío
Del alma, porque es su bien,
Á él solo mis ojos ven...
¡Si estuviera siempre el mío
En tu corazon, tambien!

MADRIGAL.

Rie el cielo, si en lánguidos desmayos
Vierte la aurora su fecundo lloro,
Si el Sol muestra sus rayos
Entre nubes de púrpura y de oro:
Rie la tierra, si en vergel de flores
Murmura el arroyuelo sus amores:
Rie la mar, si agítase indolente
En la playa serena,
Al reclinar su frente,
Salpicada de espumas, en la arena.
—Yo solo estoy sin calma,
Y cielo, y tierra, y mar me dan enojos:
Sólo rie mi alma
Cuando la miran tus divinos ojos.

MUZA.

(TRADICION GRANADINA.)

I.

En una yegua que al viento
Por su rapidez iguala,
Tan negra como la noche,
Sale Muza de Granada.
Desesperado va el moro,
Y armado de todas armas,
Blandiendo con fuerte mano
La dura y nudosa lanza.
Ostenta negra marlota,
Que ciñe una negra banda,
Y en el bonete africano
Al aire oscilan gallardas
Plumas negras y amarillas,
Color de muerta esperanza.

Negro lleva el capellar,
Y negra tambien la adarga,
Con una letra que dice:
«Más que el hierro el dolor mata.»
—Camina el bizarro moro
Por la vega desolada,
Y lágrimas de amargura
Sus negros ojos derraman.
Mira, á lo léjos, los muros,
Las torres de su Granada,
Sus altivos minaretes
Que á los espacios se lanzan;
Descubre el Generalife
Y el resplandor de la Alhambra,
La cumbre de Sierra Elvira
Y la de Sierra Nevada.
—Entreabre sus labios secos
Con una sonrisa amarga:
En el hijar de su yegua
Agudo azicate clava:
Corre como torbellino,
Como ilusorio fantasma.
No quiere ver al cristiano
Entrar en su amada Pátria;
No mira, y aunque no mira
Lo ve dentro de su alma.

Rudas voces del cañon,
Que el aire asordan y espantan,
La triste pérdida anuncian
De la ciudad musulmana.
El noble moro, al oirlas,
Revuelve la yegua y pára,
Y contempla victoriosas
Las banderas castellanas,
Que, al impulso de su brazo,
Vencidas vió veces tantas.
Descubre los escuadrones
Que, en las sangrientas batallas,
El duro rigor sintieron
De sus venturosas armas.
Y siente más honda pena
Contemplando esta mudanza,
Y con mano enfurecida
Se mesa cabello y barba,
Como si barba y cabello
De su mal fueran la cáusa.
—¡Ay de mí,—dice el cuitado—
Ay de mí, y ay de mi raza!
Mi hermano Boabdil te pierde,
Granada, mi dulce Pátria.
Murió Gazul, murió Azarque,
Murió el galan Abenámar:

Yo solo he quedado vivo,
Yo solo, por mi desgracia.
Y solo, y sin más ayuda
Que mi valor y mi lanza,
Quiero á Granada volver,
Quiero al cristiano ganarla,
Y si no vuelve á ser mía
Morir quiero en la demanda.—
Esto dice el noble Muza,
Ardiendo en cólera y saña,
Contemplando, desde léjos,
Los muros de su Granada,
Y revolviendo su yegua
Hácia las huestes cristianas.

II.

Como leona parida,
Que busca, con ojos fijos,
Á quien le robó los hijos
Penetrando en su guarida;

Y el monte y la selva atruena
Con su potente rugido,
Y al cazador atrevido
Se lanza de furia llena:

Con aliento sobrehumano,
Después que la vega cruza,
Arrójase el fiero Muza
Al ejército cristiano.

Porque toda la esperanza
Que ya en el mundo le resta
La tiene el árabe puesta
En el hierro de su lanza.

Los cristianos caballeros
Sienten su rigor cruel:
Es el ángel Azräel
Que pasa entre los guerreros.

Sus armas estan teñidas
En la sangre que han vertido,
Y está su cuerpo vestido
De lastimosas heridas.

Su furia desesperada
Pasma al cristiano triunfante,
Y lo detiene un instante
Á las puertas de Granada.

Solo contra todos, gira
Envuelto en la lid crüel:

Le ve admirada Isabel,
Gonzalo tambien le admira.

—Rotos escudo y brazales,
Todas las armas deshechas,
Y arrojando, por mil brechas,
De su sangre los raudales;

Cae Muza, tal pesadumbre
Produciendo, en su caida,
Como roca desprendida
De alguna altísima cumbre.

Y el ejército cristiano
Entra en Granada arrogante,
Dejando solo, expirante,
Al adalid mahometano.

Sobre aquel sangriento suelo,
Que tantos horrores vió,
Para cubrirlos, tendió
La noche su oscuro velo.

Y Muza el desventurado
Comienza á volver en sí,
Y solo se encuentra allí
Mal herido y derrotado.

Solo nó; que noble y fiel,
Mientras le dura la vida,
Está su yegua, aunque herida,
Reposando junto á él.

Cabalga, de nuevo, en ella,
Cabalga el moro gimiendo,
Y así camina, diciendo
Maldiciones á su estrella.

Luego, la frente velada
Entre densa oscuridad,
Mira Muza á su ciudad,
Á su querida Granada.

Y con denuedo gentil,
Buscando la muerte oculta,
Con su yegua se sepulta
En las ondas del Genil.

Del Genil, que se dilata
Caudaloso murmurando,
Y se estremece, formando
Anchos círculos de plata.

Allí quedó, sin victoria,
De Muza el cadáver frío;
Pero en la márgen del río
Crece el laurel de su gloria.

Á ENRIQUE TAMBERLICK.

Yo, Tamberlick, adivino
Por qué del triunfo la palma
Logras, siempre, en tu camino:
Es porque un soplo divino
Te ha abrasado toda el alma.

Es porque tu voz encierra
En su canto el dulce anhelo
De aquel que, en la humana guerra,
Empieza á dejar la tierra
Para ir entrando en el cielo.

No sólo de tu querida
Italia, fiel acrisolas
La justa fama extendida:
Las óperas españolas
Tambien te deben la vida.

Ninguna gloria se empaña
Porque otra á su lado asoma,

Y unes hoy, por dicha extraña,
Al espíritu de Roma
El espíritu de España.

Las dos, en su afan profundo,
La misma senda surcaron,
Y, con aliento fecundo,
Cuando el mundo conquistaron
Vida y luz dieron al mundo.

Naciones hermanas son,
Porque la tuya y la mía
Tienen por alto blason
Ser Pátrias de la poesía
Del arte y la inspiracion.

Por eso, cuantos pregonan
Tus nobles triunfos aquí
Y á tu encanto se abandonan,
Al coronarte, coronan,
Á dos naciones en tí.

Yo, que el génio soberano
Admiro, que te conquista
Gloria tan inmensa, ufano
Mi apláuso ofrezco al artista,
Mi corazon al hermano.

Á LA MEMORIA

DE

D. JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO.

(Para su corona poética.)

Siendo niño todavía,
Ya estaba el alma soñando
En el Arte y la Poesía;
Su templo estaba mirando
Y cómo entrar no sabía.

No era el pobre comenzar
De mi inspiracion temprana
La luz con que el Sol se ufana;
Era el tibio despertar
Del albor de la mañana.

No era el acento que brota
Del arpa, y en ráudo giro
Del viento en las alas flota;
Era ménos que una nota,
Aunque era más que un suspiro.

Era un vago desear;
Era el afan de la nave
Entre la noche y el mar;
Era mi canto el del ave
Que nunca aprendió á cantar.

Él, con la luz de la ciencia,
Con su virtud, con su ejemplo,
Dió al alma nueva existencia,
Y ví la entrada del templo
Alzado á la inteligencia.

Me señaló sus caminos,
Y descubrió otro horizonte
Ante mis ojos mezquinos,
Y la avecilla del monte
Aprendió más dulces trinos.

Él, del génio, que nació
En el cielo, y su luz toma,
El aliento respiró,

Y su lira resonó
Cual la de Virgilio en Roma.

De sus lábios, el saber
Que, suspendiendo, admiraba,
En fácil raudal brotaba...
¡Paréceme que era ayer
Cuando su voz escuchaba!

Aunque hoy de pesares ciño
La frente, guardo á su nombre
Antiguo, infantil cariño:
El niño que le oyó es hombre,
Mas le llora como un niño.

¡Nunca imaginára, nó,
Que la humilde lira mía,
—Que él á pulsar me enseñó—
Tuviese que pulsar yo
Al pié de su tumba fría!

¿Cómo la podré templar,
Cuando la campana zumba
Con lúgubre voltear...?
¡Ay, al lado de una tumba
Yo no sé cómo cantar!

Pues cuando á un muerto querido
Dirije el último canto
El espíritu afligido,
No hay poema como el llanto,
No hay cancion como un gemido.

¡Muerte, que las tumbas pueblas,
Ley es dejar de existir;
Pero el que viene á esparcir
La luz sobre las tinieblas
Nunca debiera morir!

DESDE LA PLAYA.

Á A. L.

No temas, nó, mi bien, que, ciego y loco,
Por nuevas ilusiones deslumbrado,
Vuelva al mar de la vida que he surcado.
¡Las olas turbulentas hace poco
Que á la playa feliz me han arrojado!
Me salvé en la barquilla, amiga mía,
Y áun pienso ver el rayo, que rompía
El negro horror de las espesas brumas,
Y el mar alborotado... Todavía
Me salpican la frente las espumas.
El mar y el viento de la nave azotan
Los restos quebrantados: ambiciones,
Esperanzas, recuerdos, ilusiones,
Entre las aguas del naufragio flotan.

¿Puedes pensar, acaso,
Que al piélago, de nuevo, audaz corriera?
¡No tiene luz el Sol en el Ocaso,
Ni el corazon más fe que la primera!
Yo, de la vida en los revueltos mares,
La cambié por tormentos y pesares,
Que en el alma intranquila
Como agudas espadas se clavaron...
¡Fugitivo de Scila,
Á Caribdis los vientos me llevaron!

¡Cómo suele volar el pensamiento,
En el primer albor de la existencia!
¡Cómo engaña el humano sentimiento!
¡Cómo la inteligencia
Atrevida se encumbra
Á ignoradas regiones, sin desmayo,
Adorando, tal vez, la luz del rayo,
Que mata cuando alumbra!
Ese afan insaciable, ese deseo,
Al que no encuentro nombre,
Es para el alma mísera del hombre
El suplicio inmortal de Prometeo.

¡Cómo—después—de sus mentidas glorias
Despierta el corazon desengañado,

Quedándole, tan sólo, las memorias
Que le quedan del sueño al que ha soñado!
¡Triste es mirar que en la campiña bella
Se marchitan las flores,
De Abril y Mayo encantadoras galas;
Triste es ver de una estrella
Apagados los vivos resplandores;
Triste es mirar un águila sin álas!

Tú me comprendes, sí: tu frente hermosa
Nubla el dolor sombrío,
Y te miro llorando silenciosa:
No seques esas lágrimas, bien mío,
Que las trémulas gotas de rocío
Son un encanto más en una rosa.
Deja que en esas lágrimas se exhale
El dolor que del alma hay en el centro:
No mata el llanto que á los ojos sale,
Nó: mata el llanto que se vuelve adentro.

Ahora, contigo á solas,
Aquí en la playa de tu amor descanso,
Y oigo, á lo léjos, el murmullo manso
De las inquietas olas.
¡Ay del que en ellas fíe!
Ese tranquilo mar que se sonríe,

Acariciado por la dulce brisa,
Rugirá, luego, con furor extraño.
¡Para lograr mejor su vil engaño,
Tambien tiene el abismo su sonrisa!

De lóbregas cavernas en el fondo
Conspiran los revueltos huracanes:
Del mar, tranquilo arriba, en lo más hondo
Las olas forman sus inícuos planes:
El escollo su frente
Esconde entre las brumas,
En pérfida emboscada: las espumas
Se adornan con la luz fosforecente,
Que al marinero asombra:
Las nubes se condensan lentamente...
Son fieros enemigos, que, apostados
En el límite oscuro de la sombra,
Acechan los bajeles, confiados
Al elemento hipócrita y süave...
¡Qué horrible es la traicion! ¡Ay de la nave!

De ese mar de la vida me despido:
No surcarlo otra vez ahora resuelvo:
Con él he combatido,
Y, aunque alguna victoria he conseguido,
Sin luz, sin fe, sin esperanza vuelvo.

¡Ah! ¿De qué sirve la brillante palma,
Si, al ganar la victoria,
Del triste mundo se despide el alma,
Insensible á los écos de la gloria?
Mi alma, cansada ya, no la desea:
Yo dejo mi barquilla
Clavada en las arenas de la orilla...
¡Nunca de allí la arranque la marea!
Otro su nave—¡desdichado!—vaya
Á estrellar en los ásperos bajíos,
Mientras yo olvido, en la tranquila playa
De tus amores, los naufragios míos.

Consuela mis pesares
Con el encanto de tu amor ardiente:
Acaricia mi frente
Quemada por los vientos de los mares.
En vez de sus rugidos,
Que al navegante anuncian la ruina,
Halaguen mis oidos
Los dulces écos de tu voz divina.
En vez del huracan, que, ántes, violento
Mis húmedos cabellos encrespaba,
Cuando la nave mísera azotaba,
Agite mis cabellos el aliento
Embalsamado de tus lábios rojos.

¡Y en lugar de abrasarme el rayo impío,
Que arroja la tormenta en sus enojos,
Abráseme, bien mío,
El rayo del amor que arde en tu ojos!

Cádiz: Agosto de 1875.



ERRATA NOTABLE: Pág. 117, lín. 11 dice *canciones*, léase *clamores*: otras pueden suplirse.

INDICE.

LIBRO SEGUNDO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

DRAMÁTICAS.

D. JAIME EL DESDICHADO. . . .	drama en tres actos y en verso.
UNA HERIDA EN EL ALMA. . . .	drama en un acto y en verso.
EL HIJO DE SANCHO EL NOBLE. .	drama en tres actos y en verso.
MIRA DE AMESCUA.	drama en tres actos y en verso. (1)
APUESTA DE AMOR.	comedia en dos actos y en verso. (2)
SOBRA Y FALTA.	comedia en tres actos y en verso.
WITIZA.	drama en tres actos y en verso.
LA EXPULSION DE LOS MORISCOS	drama en tres actos y en verso.
FONDO Y SUPERFICIE.	drama en tres actos y en prosa. (3)
TORRIGIANO.	drama en un acto y en verso. (4)
EL ÚLTIMO DIA.	drama en un acto y en verso. (5)
LA LUZ DEL RAYO.	drama en tres actos y en verso.

NO DRAMÁTICAS.

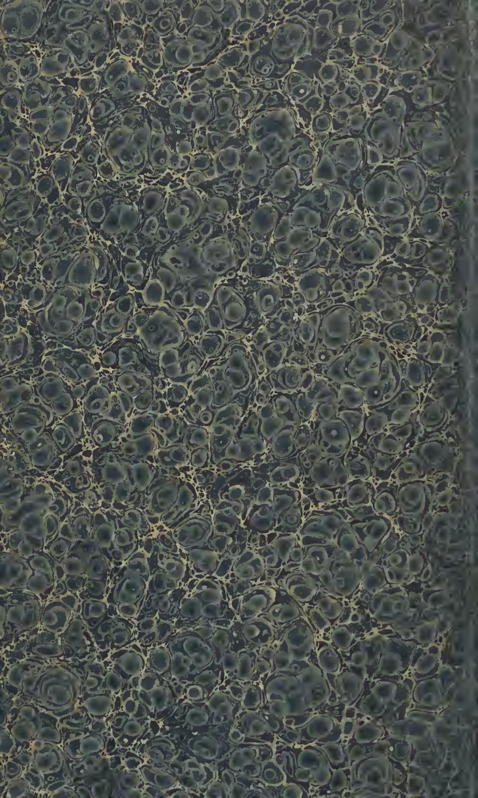
EL MANTO DE LA VÍRGEN, leyenda en verso.
MEDITACIONES Y RECUERDOS, poesías.

EN PREPARACION.

HISTORIAS DE LA VIDA, cuentos verdaderos, en prosa.
ARTÍCULOS VARIOS.
ORÍGENES Y PROGRESOS DEL TEATRO ESPAÑOL.
LEYENDAS, en verso.
LOS BANDOS DE SEVILLA, novela histórica.



(1) Estrenóse con el título de *El valle de lágrimas*.
(2) En colaboracion con D. Luis Montoto.
(3) Id. id. con D. Luis Escudero y Perosso.
(4-5) Id. id. con D. Luis Montoto.




Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600705302

